

MILENA MINKOVA y TERENCE TUNBERG, *Readings and Exercises in Latin Prose Composition. From Antiquity to Renaissance*, Focus Publishing: Newburyport (MA) 2004, 185 pp. ISBN: 1-58510-090-0.

MILENA MINKOVA y TERENCE TUNBERG, *Answer Key. Readings and Exercises*, Focus Publishing: Newburyport (MA) 2004, 56 pp. ISBN: 1-58510-092-7.

No ha habido, durante muchos años, un manual como éste en el mercado. Esta selección de textos latinos que abarca desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, interesante y metódicamente planeada, es una herramienta sobresaliente para los cursos de «Composición en latín»¹ de nivel académico, y especialmente apropiada para estudiantes de nivel avanzado sin licenciatura o para licenciados. Los autores, justamente, «creen que los estudiantes que aprenden latín deberían darse cuenta, desde el principio, de que tienen acceso a cualquier parte de esta inmensa tradición» (p. v.).

El planteamiento de los autores es estimulante. «Los ejercicios no son traducciones a partir del inglés, sino que están íntimamente ligados al proceso de lectura y comprensión del latín... Los estudiantes, que deben pensar en latín al tiempo que van ‘componiendo’, han de adquirir la habilidad de ‘componer’ en latín con más rapidez y efectividad que aquellos a quienes se les pide que conviertan en frases y palabras latinas pensamientos comunicados en otra lengua.» (p. v.) A los estudiantes se les estimula y enseña sistemáticamente cómo pensar en latín y a los profesores se les dota de todas las indicaciones metodológicas que pudieran necesitar.

Un SOLUCIONARIO aparte (ANSWER KEY) contiene las respuestas correctas a todos los ejercicios (los autores son plenamente conscientes de que «en muchos casos hay más de una respuesta «correcta», p. iv.). Tenemos aquí, en consecuencia, una excelente y eficaz alternativa a la fatigosa rutina que trae consigo la traducción del y al inglés.

Combinando las ventajas tanto del enfoque tradicional de la gramática como del enfoque moderno de la enseñanza de las lenguas, los autores nos han mostrado cómo redefinir lo que debería ser la ‘composición en latín’. Con este planteamiento, el proceso de aprender a escribir un latín correcto y claro se parece mucho a lo que significa realmente la palabra ‘composición’ y deja de ser ya una simple traducción camuflada. De hecho los autores nos muestran que la ‘composición’ puede ser complementaria a la comprensión de un texto en latín.

Sus ejercicios exigen del lector que reconstruya palabras, frases, oraciones y párrafos en latín. Un ejemplo se encuentra en la p. 103: «Completa los comienzos de las oraciones abajo escritas. Las palabras que siguen a cada oración que comienza por paréntesis proporcionan la base para completar la oración, pero deberían convertirse en cláusulas subordinadas en las oraciones que tú completes con los necesarios cambios de modo y tiempo.» El estudiante aprende también cómo corregir frases incorrectas («re-escribe el pasaje, sustituyendo las conjunciones incorrectas por las conjunciones de co-

¹ Cursos de «Composición en latín»: cursos de lengua en los que se persigue utilizar la lengua latina de forma viva y activa, pensar en latín con el fin de alcanzar un más temprano y exitoso acceso a la lectura de textos en latín. Traducción de esta reseña: Dr. Antonio Mauriz Martínez (Santiago de Compostela).

ordinación apropiadas») o cómo cambiar el tiempo o el punto de vista de párrafos enteros (y quizás incluso cómo hacer composiciones libres). Cada uno de los textos ha sido escogido con sagacidad e ilustra un capítulo de la gramática latina (desde «la estructura de la oración simple —capítulo 1— hasta «las oraciones condicionales en estilo indirecto —capítulo 23— y «el orden de las oraciones» —capítulo 24—).

Son objeto de estudio incluso problemas modernos de crucial importancia relacionados con la sintaxis del texto, por ejemplo, cómo coordinar oraciones y cómo construir acabadamente un párrafo. Quienquiera que estudie este libro alcanzará no sólo un alto grado de conocimiento de la ‘composición en latín’, sino que, lo que es aún más importante, leerá con más rapidez y facilidad que antes. Este libro es un hito en la enseñanza académica del latín y debería ser ampliamente conocido y empleado. Un Apéndice sobre «Las convenciones relativas a escribir en latín en el mundo posterior al Medioevo» muestra que el latín está lejos de ser una «lengua muerta». Un segundo volumen dedicado explícitamente a las diferencias específicas de estilo —según géneros, épocas e individuos— tendría buena acogida.

Universidad de Heidelberg

MICHAEL VON ALBRECHT
albrecht@urz.uni-heidelberg.de

La composition et la préverbation en latin, textes réunis par CLAUDE MOUSSY. Lingua Latina. Recherches linguistiques du Centre Alfred Ernout, Paris, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2005, 362 pp.

Este nuevo volumen que publica el Centre Alfred Ernout viene a unirse al importante elenco de trabajos dedicados al estudio del léxico latino aparecidos hasta ahora en la colección, en los que se ofrecen los frutos de los coloquios que se celebran en dicho centro de forma regular, y completa, en particular, el contenido del volumen dedicado a *La création lexicale en latin* (2000).

En esta ocasión, importantes investigadores, en su mayoría franceses pero también de otros países, exponen, siguiendo diferentes metodologías, sus teorías así como sus avances, respecto a posiciones en trabajos anteriores, e incluso avanzan nuevos resultados en torno a dos de los tres procedimientos que ha utilizado la lengua latina para la creación de vocablos, a saber, la composición y la preverbación. La sufijación, que constituiría el tercer procedimiento y con mucho el más productivo en todas las lenguas del mundo, queda ahora excluida por haber sido objeto de muchos más estudios y análisis.

A través de los distintos trabajos de los principales especialistas en la materia se plantean, tratando de dar una respuesta satisfactoria, los numerosos interrogantes que lleva implícitos el tema de la composición, al tiempo que se examinan las distintas clases de compuestos que existen en latín procurando dejar clara la diferencia entre compuesto y prefijado y entre prefijación y preverbación. Especialmente esclarecedoras son, desde mi punto de vista, las aportaciones de Michèle Fruyt y Renato Oniga.

Como se nos indica en la presentación, las veinte contribuciones que constituyen el contenido de esta obra se han agrupado, en primer lugar, en torno a los dos grandes temas que conforman su título, la composición y la preverbación. Dentro de estos dos grupos se ha intentado también establecer un orden jerárquico y para ello se han colocado en primer lugar los trabajos que presentan una concepción de tipo más general y, a con-

tinuación, los dedicados a autores particulares o a un tipo específico de composición o preverbación. Asimismo, los editores han procurado, en la medida de lo posible, mantener unidos aquellos estudios que presentan cierta afinidad entre sí. Todo ello ha contribuido muy positivamente a que la obra ofrezca con unidad y coherencia una tarea colectiva.

1. COMPOSICIÓN

No podía faltar en una obra de estas características la presencia de un autor de referencia en el tema como lo es, en el caso de la composición, Françoise Bader, cuyo trabajo sobre *La formation des composés nominaux du latin* (1962) sigue siendo de consulta ineludible hoy día para cualquiera que aborde este problema, lo que se comprueba examinando la bibliografía citada en los diferentes trabajos que componen el libro. El autor ha querido en este caso recordar a Benveniste y para ello expone sus puntos de vista en el artículo «Fondements syntaxiques de la composition nominale», donde pasa revista a las diferentes particularidades morfosintácticas que explican la forma aparentemente no flexiva del primer miembro de los compuestos subordinantes -régimen neutro, unificación de la desinencia de compuestos posesivos y determinativos- y que ha sido reinterpretada después como «tema» —tanto para formas nominales de creación reciente como para compuestos verbales del tipo ‘porte-monnaie’—. Pero los fundamentos sintácticos de la composición nominal van más allá de la forma de este primer miembro, puesto que explican también las diversas clases de compuestos nominales.

Imprescindible es también para el estudio de la composición en latín el elenco de trabajos de Michèle Fruyt, quien en esta ocasión, a través de una contribución titulada «Le statut des composés nominaux dans le lexique latin», ofrece una visión muy completa de los diferentes tipos de compuestos nominales que se encuentran en el léxico latino —muy inferiores en número respecto a los del sánscrito o de otras lenguas indoeuropeas como el griego—, sobre todo los de tipo *dvandva*, y de una baja frecuencia de uso. Analiza la autora los factores que influyen en el escaso desarrollo de la composición, entre los que se encuentran la longitud de las palabras latinas, la concurrencia con otros procedimientos morfológicos como la aglutinación o la sufijación, el número de miembros que constituyen un compuesto latino y la debilidad que en latín experimenta el primer término del compuesto, avanzando en este caso algunas hipótesis sobre el desarrollo que experimenta la vocal fronteriza entre los dos términos del compuesto. Demuestra que, entre todos los procedimientos de composición, el más productivo en latín es la prefijación. Frente a esta escasez, las creaciones a base de sufijación y aglutinación experimentan un importante desarrollo que se extiende a las lenguas romances.

A su vez, las aportaciones de Frédérique Biville han supuesto un avance determinante para el estudio de la composición nominal en latín. En la que ha elegido para este volumen la autora, con la intención de comprobar si existe una composición específicamente latina, se centra en los «Aspects populaires de la composition nominale en latin» y somete a examen los diferentes criterios, externos e internos, que permiten la localización de compuestos populares y los modos de formación de los mismos mostrando, como una de las principales características, la variedad de procesos que han intervenido en la formación de estos compuestos de carácter popular. Este rápido recorrido permite, sin embargo, descubrir el importante campo de investigación que permanece aún abier-

to para poder aproximarnos, aunque sea de forma fragmentaria, a la realidad léxica del latín hablado.

No menos cualificada, dentro de este mismo campo, ha sido la contribución de León Nado quien dedica al tema, pero en este caso restringido a su empleo en Lucrecio, un trabajo titulado «Les composés nominaux chez Lucrèce», en el que por primera vez se presta atención al *hapax* lucreciano *inolens* en el marco de un análisis más amplio de las motivaciones que llevan a Lucrecio al empleo de los diferentes compuestos y que se pueden resumir en la indigencia de la lengua latina del momento, la fascinación que producen en él modelos como Ennio y la búsqueda de la eficacia poética.

Otros investigadores centran su estudio de un tipo específico de compuestos. El de Jean François Thomas analiza las particularidades filológicas del conjunto formado por «Les composés nominaux exprimant l'idée de 'deux'», tanto sustantivos como adjetivos. Por su parte Gualterio Calboli que en «La composition avec le préfixé privatif *in-* chez Horace et les poètes de son temps» analiza el empleo que hace Horacio de *in-*privativo. Parte para ello del estudio de Bader, quien explica el empleo de compuestos nominales con adjetivo en Horacio por sintaxis o por arcaísmo. Calboli cree que, además, se deben tomar en consideración otros factores como la retórica, la estilística y la tradición literaria. Danièle Conso en «Étude sémantique des composés 'premier terme *semi-* en latin» realiza un estudio de las diferentes actualizaciones de significado que registra el primer término *semi-* en todos los compuestos de este prefijo con el fin de hacer algunas puntualizaciones a la definición de *semi-* que se encuentra en el *Oxford Latin Dictionary*. Jean Cassard en su trabajo sobre «Les composés en *-fer* et en *-ger* dans les traités de rhétorique de l'époque républicaine» constata que, en estos tratados, la práctica o empleo de dichos compuestos es acorde con la teoría que exponen sobre el compuesto en general, así como que existen compuestos de este tipo con profundas raíces latinas y que pertenecen a la lengua corriente (*morigerari*, *uociferari*, *pestifer*), aventurando incluso la hipótesis de la existencia de un modelo latino más antiguo en el que se inspirarían estos compuestos.

Dos de los trabajos estudian algunos componentes de familias léxicas como el de Elisabeth Gavaille en torno a «Les rapports sémantiques entre *ars*, *artifex* et *artificium*» que realiza un detenido examen de los diferentes significados de *ars* y sus compuestos *artifex* y *artificium* para comprobar que ni su compuesto ni su derivado participan del sentido más general de *ars*, sino que se concretan en la actividad especializada. Sophie Roesch en «Les emplois de deux préfixés de *verbum*: *prouerbium* et *preuerbium*» analiza la diferente suerte que han seguido estos dos términos en latín.

Por último, Claude Brunet en su trabajo en torno a «*bene facere*: une ou deux lexies?» intenta solventar el problema de la doble entrada que este verbo presenta en los diccionarios. Para ello expone los indicios semántico referenciales, sintácticos y gráficos que permiten esclarecer que, de los tres sentidos que tiene *bene facere*, dos corresponden a *bene facere* no aglutinado, es decir, formado por dos lexías, frente al tercero de «dar servicio, beneficiar» que corresponde a una nueva lexía.

2. PREVERBACIÓN

Encabeza este apartado el sólido artículo de Renato Oniga «Composition et préverbation en latin: problèmes de typologie» en el que desarrolla algunas reflexiones sobre las relaciones entre prefijación y composición. Comienza por el problema terminológi-

co, a fin de poner un poco de luz sobre la confusión reinante respecto a la denominación del primer término del compuesto cuando no se trata de un sustantivo, adjetivo o verbo. Se inclina por el empleo del término 'prefijo' y considera que 'preverbio' es útil para determinar una subcategoría funcional particular del prefijo: el conjunto de prefijos que se unen al tema verbal. A continuación examina las propiedades fonológicas y semánticas que distinguen con bastante claridad la prefijación de la composición frente a la falta de distinción que hay, entre una y otra, en el plano de las condiciones sintácticas. Existe, sin embargo, un tipo de prefijos, los preverbios, que presentan propiedades sintácticas específicas. Todo ello le lleva a plantearse la hipótesis de una mayor antigüedad de las preposiciones respecto a los preverbios, y éstas ante o postpuestas a su régimen, que en el momento de la regularización se morfologizan.

Benjamín García-Hernández, cuyas incursiones en el campo de los preverbios han constituido un auténtico pilar de apoyo y han sido el origen de un sinnúmero de trabajos posteriores, reflexiona aquí en torno a «L'antonymie aspectuelle des préverbes allatifs et ablatifs» y, frente a lo que propone Oniga, considera que los prefijos provienen no de antiguas preposiciones, sino de valores arcaicos de tipo adverbial. Insiste en la dificultad que supone en la civilización moderna la distinción entre la categoría de tiempo y la categoría aspectual, cuya noción primordial es la de gradación en el desarrollo de una acción y de un proceso (aspecto secuencial) o en la delimitación de una acción (aspecto extensional). Analiza, a continuación, la antonimia entre el aspecto alativo de algunos preverbios (*ad-*, *in-*, *ob-*, *sub-*) y el ablativo de otros (*ab-*, *ex*, *de-*).

El resto de los trabajos que conforman este apartado realizan, en su mayoría, análisis específicos de uno o dos preverbios, bien desde el punto de vista semántico o bien atendiendo a la sintaxis. Sobre la semántica del preverbio *com-* tratan tanto el de Claude Moussy, «La polysémie du preverbe *com-*», como el de Françoise Gaide, «À propos des préverbés en *com-*: 'couper' et 'broyer' dans le *De medicamentis* de Marcellus». En el primero, el autor hace una selección de compuestos con este preverbio y realiza un recorrido para mostrar cómo se ha producido la evolución de un valor a otro desde los primeros testimonios documentados en latín hasta la época tardía a fin de determinar cuáles son los tipos que han resultado más productivos. Señala el autor los casos en que este preverbio sirve para indicar una pluralidad de objetos (*contrunco*, *coedifico*, *coemo*), valor que ha sido menos resaltado hasta ahora. Replantea también Moussy el valor aspectual del preverbio *com-*, muy estudiados hasta ahora pero, a su parecer, equivocadamente. Françoise Gaide, por su parte, estudia en la obra de Marcelo de Burdeos, compilador médico del siglo IV, los proverbios a base de *com-* que designan la acción y, más concretamente las acciones de 'triturar' y 'cortar', lo que le permite concluir que en Marcelo estos preverbiados presentan una gran plasticidad semántica así como una objetividad que se extiende también a otros preverbios. Sophie Van Laer analiza en «*Per-* et les procédés gradables» los diferentes procesos que expresan los verbos con preverbio *per-* y cree que la noción de gradación permite reunir bajo una misma etiqueta diferentes empleos con valores que pueden ser calificados de intensivos e incluso que pueda ser compatible con verbos que denotan inmovilidad (*permaneo*). *Per-* haría superior el grado de poder que expresa el verbo.

Jean-Paul Brachet centra su estudio, «Préverbés en *intro-* en cours de constitution chez Plaute et Térence», en la inestabilidad que presentan en Plauto y Terencio los preverbiados con *intro* que, frente a otros preverbiados que en esta misma época ya se habían soldado al verbo, presentan en Plauto y Terencio una situación inestable que no aparece en textos literarios posteriores.

Dos estudiosos prestan, en principio, más atención a la sintaxis. Por un lado, Bernard Bortolussi, analiza «Le double accusatif avec les verbes préfixés en *circum-* y *trans-*» pero concluye que presenta una serie de coacciones muy fuertes imputables a lo morfológico y semántico que no se pueden separar del sintáctico. Por otro lado, Dominique Longrée realiza el estudio de los «Verbes préfixés et concurrences syntaxiques chez Tacite» centrándose concretamente en los derivados de *cedere*: *antecedere*, *incedere*, *accedere* y *excedere* y parte para su trabajo de las reflexiones de los estudiosos alemanes y franceses de finales del siglo XIX, quienes se interesaron por el estilo de Tácito y, concretamente, por las construcciones sintácticas que siguen a verbos derivados y en cuyos trabajos encuentra un buen número de imprecisiones y divergencias. Una vez más se pone de manifiesto la concurrencia entre sintaxis y semántica y, en este caso, la coincidencia entre los diferentes historiadores.

Coincidiendo con Longrée, Daniëlle Molinari, en «Les préverbés de *facio*», ha elegido como campo de estudio un verbo base, *facio*, y estudia en latín arcaico los preverbiados a que da lugar, aunque en este caso para fijarse no sólo en las construcciones sintácticas, sino también en la relación con los valores semánticos que aportan estos preverbiados respecto a la base.

En definitiva, esta obra constituye un amplio y minucioso examen de las características que rodean a la composición y la preverbación, dos de los procedimientos que utiliza el latín para la creación léxica que nos permite conocer el predominio que la prefijación presenta sobre la composición y, dentro de la preverbación, la importancia de carga aspectual que los preverbios aportan a los verbos simples.

Instituto de Filología (CSIC)

Matilde CONDE SALAZAR
mconde@filol.csic.es

CRISTINA MARTÍN PUENTE, *Las oraciones concesivas en la prosa clásica*, Monografías de Filología Latina 12, Departamento de Ciencias de la Antigüedad, Universidad de Zaragoza, Zaragoza 2002, 172 pp. ISBN: 84-95480-75-1.

La monografía acerca de las oraciones concesivas que nos ofrece el Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza es una reelaboración, sintetizada sin duda, de la Tesis Doctoral que la Dra Martín Puente defendió en la Universidad Complutense de Madrid en 1998, bajo la dirección del Dr Baños Baños, a cuyo cargo corre la presentación de esta publicación.

El asunto es arduo y complejo. Así lo reconocen el director del trabajo y la propia autora, que dice haber abordado «el estudio de las oraciones concesivas en su conjunto, es decir, las conjunciones, perífrasis, etc. que sirven para expresar esta noción, los tipos que existen, las diferencias entre unos y otros, el modo verbal con que se construyen, la función de *tamen* en la apódosis de los períodos, etc., intentando facilitar así la comprensión —y traducción— de los textos del latín de los prosistas clásicos» (p. 16).

Pero la expresión de la concesividad es unas veces estrictamente gramatical y, otras, meramente contextual. La autora se centra en este volumen en el estudio de las conjunciones gramaticalmente concesivas, dedicando un primer capítulo al concepto y clasificación de este tipo de oraciones en latín y otros cuatro capítulos sucesivos al análisis de las conjunciones *quamquam* (II), *quamvis* (III), *etsi*, *tametsi* y *tamenetsi* (IV), y *etiam si* (V).

Respecto al concepto de concesividad, la autora asume la definición común según la cual una oración concesiva es «aquella que supone un obstáculo para la realización del hecho expresado por la oración principal, el cual, sin embargo, no logra impedir que dicha realización se vea confirmada» (p. 22). Puesto que esta definición parece cubrir también a las adversativas, la Dra Martín dedica unas dos páginas a explicar las diferencias sintácticas y, sobre todo, pragmáticas entre ambos tipos de oraciones.

Asimismo interesa a la autora distinguir entre concesividad gramatical (expresada mediante conjunciones estricta y únicamente concesivas) y concesividad contextual (expresada mediante procedimientos diversos como oraciones de relativo, adjetivos calificativos, adverbios, oraciones de *cum* y de *ut*, condicionales, etc.). En algunos casos, como el de *licet*, se puede rastrear el proceso gradual de gramaticalización de expresiones no propiamente concesivas.

En relación con la clasificación de las oraciones concesivas, se hace un rápido recuento de las propuestas de diversos autores como Mikkola, Nutting, Cevolani, Traina, Lehmann, Sánchez Salor, Touratier y Bertocchi-Maraldi-Orlandini. En este punto se define el objetivo de la presente monografía: «establecer los distintos tipos de oraciones concesivas que pueden diferenciarse en el latín de la prosa clásica y apuntar las similitudes y las diferencias que hay entre ellas» (p. 33). Para ello se analizarán desde el punto de vista sintáctico, semántico y pragmático los contextos de *quamquam*, *quamvis*, *etsi*, *temetsi*, *tamenetsi* y *etiam si* en Cicerón, César y Salustio, atendiendo a criterios como, entre otros, la posición de la oración concesiva en el periodo, la aparición de términos proconcesivos en la apódosis o la distinción entre oraciones correctivas y concesivas, distinción que, por su interés, creo que debía haber sido explicada con anterioridad.

Siguen los cuatro capítulos dedicados a la exposición del análisis concreto de cada una de las conjunciones concesivas latinas, tras los cuales se abordan las conclusiones generales en el capítulo VI.

Dichas conclusiones generales están expuestas de forma concisa y clara. No obstante, algunas de las conclusiones presentadas no se derivan estrictamente del estudio ofrecido en esta monografía: en el apartado (i) se reitera la distinción, presupuesta en la introducción, entre concesividad gramatical y concesividad contextual, y en el apartado (vi) se dice que en época clásica no se han gramaticalizado aún las concesivas con *licet*, cuyo análisis no se aborda en el libro.

Mucha mayor relevancia tiene, en mi opinión, la caracterización sintáctica, semántica y pragmática de los usos correctivos de *quamquam*, *etsi* y *tametsi*, que son, además, las conjunciones que introducen concesivas reales.

Es muy importante también la distinción entre concesivas reales, hipotéticas e intensivas, así como las consideraciones en torno al uso y frecuencia del adverbio *tamen* en la apódosis.

Por último, y esto es algo que los lingüistas deberían de tener muy en cuenta en sus análisis, la autora apunta en varios lugares cómo influye el tipo del texto en la frecuencia de determinados contenidos y, por tanto, de sus formas de expresión: por ejemplo, la naturaleza argumentativa de las obras de Cicerón justifica que se documenten en este autor muchas más estructuras correctivas que en César o Salustio, cuyos textos son predominantemente narrativos.

LOUIS BASSET et FRÉDÉRIQUE BIVILLE (eds.), *Les jeux et les ruses de l'ambiguïté volontaire dans les textes grecs et latins*, Actes de la Table Ronde organisée à la Faculté des Lettres de l'Université Lumière - Lyon 2, 23-24 novembre 2000, Maison de l'Orient et de la Méditerranée, Lyon, 244 pp. ISBN: 2-903264-26-0.

He aquí una obra colectiva que reúne, tras una breve presentación de los editores, 13 comunicaciones distribuidas en cuatro partes bien proporcionadas que versan en torno a la definición y clasificación de la ambigüedad, su presencia en el teatro y la poesía, en los textos filosóficos y cristianos y en los textos oraculares. Los cinco años transcurridos desde la celebración de la mesa redonda hasta la publicación no han servido para enfriar el fervor que suscita el tema, sino seguramente para seguir reflexionando sobre él y ponderar las ideas. En la ambigüedad se combina lo lúdico con lo serio, pues el juego verbal (lat. *iocus*), como se desprende del título, no está exento de trampas. Se trata de un libro atractivo y de fácil lectura, en el que cada trabajo va precedido de un resumen en francés e inglés.

I. *Problématique*.— 1. C. Kerbrat-Orecchioni define la ambigüedad propiamente dicha («L'ambiguïté: définition, typologie», pp. 13-36) como el segmento lingüístico susceptible de dos interpretaciones que se excluyen mutuamente; al menos de dos, cabe precisar; es un trabajo rico en criterios y clasificaciones, en el que los ejemplos se limitan a la lengua francesa. Fuera de la ambigüedad queda la plurivocidad por defecto o por exceso; la primera se da en la indeterminación referencial que supone el género o el hiperónimo (*j'ai acheté des fleurs*) por la especie o hipónimo (*j'ai acheté des tulipes*); y la segunda en la plurivalencia de sentidos no incompatibles; así, *Pierre a cessé de fumer*, además del sentido explícito, puede implicar el de «tu ferais bien d'en faire autant». La ambigüedad surge en los niveles léxico, gramatical, morfológico o sintáctico, y pragmático. La primera es fruto de la homonimia y de la polisemia de las palabras. Por cierto, *louer* no sólo sirve como ejemplo de ambigüedad polisémica (*je loue pour l'année un appartement à Paris*) la misma que puede expresar en español *alquilar* ('dar en alquiler' - 'tomar en alquiler'), sino también de la homonimia, si se da entrada, junto al verbo que procede de *locare*, al que proviene de *laudare*. Así, una expresión cual *il a loué cet appartement* podría entenderse como 'ha alabado', 'ha dado en alquiler' o 'ha tomado en alquiler'. He ahí, pues, un caso de ambigüedad capaz de abarcar más de dos sentidos.

La ambigüedad es virtual, en tanto que la permite la lengua, y efectiva, en cuanto que se realiza en el discurso, trátase de un texto escrito u oral. Su desambiguación es interna, si se obtiene del contexto lingüístico (*cotexte*), y externa, si se apoya en el contexto extralingüístico (*contexte*) o en la situación comunicativa. A su vez, será involuntaria, si surge como malentendido del oyente, y voluntaria, si busca la explotación lúdica del doble sentido (en chistes, acertijos, etc.), la persuasión con fines comerciales, políticos, etc.

2. Sobre la ambigüedad, como sobre otras muchas cuestiones, Aristóteles es siempre un buen punto de partida teórico. Según L. Basset («Aristote et l'ambiguïté volontaire», pp. 37-55), es el primer teórico de la ambigüedad voluntaria. A propósito de las refutaciones sofísticas, de la poesía dramática y de la retórica, describió ciertos procedimientos de ambigüedad capaces de perturbar la claridad del mensaje, en particular la *ὁμωνυμία*, que comprende, más que nuestra homonimia, la polisemia y la metáfora, también en un sentido más amplio que el nuestro. La ambigüedad es incluso un elemento constitutivo de la *μίμησις*, como arte de la representación de lo particular que mira a lo general.

3. F. Biville en «Formes et fonctions de l'ambiguïté volontaire dans les textes latins» (pp. 57-71) considera la ambigüedad en el marco del proceso de la comunicación; señala el desajuste entre lo que se dice y lo que se entiende como el medio de influir en el receptor del mensaje. La ambigüedad voluntaria es así un arma poderosa en manos del orador, del político, del escritor en general, para desestabilizar al contrario; y esa función se cumple bajo las formas de simple anfibología o de sutil ironía y mediante la expresión más compleja de la alegoría, el oráculo, el enigma, etc. Un buen ejemplo, referido por Quintiliano (*Inst.* 6,3,47), es la respuesta desconcertante que Cicerón da a un candidato electoral, hijo de un cocinero, que solicita su apoyo: *ego quoque tibi favebo*: «yo también [/ yo, cocinero,] te apoyaré». La paronimia entre el *quoque* explícito ('también') y el vocativo *coce* de *cocus* implícito ('cocinero') puede alcanzar el grado de homonimia total, si entendemos que Cicerón desciende al nivel de la lengua familiar, usado probablemente por su interlocutor; y ahí caben dos soluciones: la reducción de las labiovelares del adverbio *quoque* a simples velares (*coce*) o, al contrario, afectando una pronunciación arcaica, la recuperación de las dos labiovelares originarias de *coce* (< **quoque*).

II. *Théâtre et poésie*.— 1. I. Boehm («Le vocabulaire de la perception et l'ambiguïté dans la tragédie grecque, pp. 75-90») analiza los verbos de la percepción sensitiva como soporte de ambigüedad en los textos trágicos. Esta se basa sobre todo en la polisemia y la metáfora que son comunes en la transferencia de la acción perceptiva al ámbito intelectual. Quizás no es casualidad que sean los verbos de la audición los que más se prestan a la interpretación ambigua; no en vano son ellos los que entran directamente en la relación entre emisor y receptor. Si Eurípides explota las sensaciones provocadas por el vino que se ve, se huele y se degusta, está claro que los catadores modernos no hacen sino practicar y perfeccionar un rito muy antiguo.

2. A propósito de «les conditions morphosyntaxiques de l'ambiguïté volontaire», M. D. Joffre examina «l'emploi de *uideor* dans les chants II et III de l'*Énéide*» (pp. 91-99). Este verbo que puede expresar las percepciones sensoriales o las impresiones intelectuales se usa particularmente en los relatos de visiones oníricas. En él se manifiesta la ambigüedad característica de los morfemas mediopasivos que expresan tanto la pasiva intrínseca en el uso deponente como la pasiva extrínseca binaria o ternaria. El dativo regido por el verbo incrementa la ambigüedad, en cuanto que a menudo admite diferentes interpretaciones. El contexto no siempre permite resolver la ambigüedad plenamente.

3. B. Jacquino explora la ambigüedad en un terreno abonadísimo, la comedia de Aristófanes («L'ambiguïté volontaire dans le comique d'Aristophane», pp. 101-116). Ahí se encuentran diversos tipos de ambigüedad, que se basan en palabras de doble sentido en el dominio sexual y en otros campos, en homónimos y parónimos a veces obtenidos por ligeras deformaciones de la estructura fónica, en nombres geográficos y en pronunciaciones dialectales. Por otra parte, la ambigüedad puede tener menor o mayor alcance y ser débil o más fuerte. Un amplio pasaje de *Los Acarnienses* (764-808) sirve para ilustrar buena parte de lo expuesto.

4. D. Vallat considera la ambigüedad de algunos nombres propios en un género que conoce bien, el epigrama («Ambiguïté référentielle et stratégies courtisanes chez Martial», pp. 117-128). El sentido laudatorio de los apelativos que recibe el emperador Domiciano en vida (*Iuppiter, Tonans, Alcides*) contrasta con el de *Nero* que le asigna el poeta después de muerto. Las determinaciones que se aplican a los teónimos y al herónimo (*noster, palatinus Tonans, maior Alcides*) pueden facilitar la identificación o complicarla, como en el último caso.

III. *Textes philosophiques et chrétiens*.— 1. G. Bady trata de indagar la ambigüedad en la figura de Sócrates, tal como la ha transmitido Platón («Le Socrate de Platon: pédéraste ou pédagogue?», pp. 131-146). Varios aspectos de su vida y doctrina resultan ambivalentes: su trato con los jóvenes, su ironía habitual, hasta su condena por «corromper a la juventud» es equívoca. Su retrato más sugerente se da en *El Banquete*, donde aparece, al igual que Eros, como un intermediario «entre hombres y dioses, entre inteligencia e ignorancia, entre fealdad y belleza, entre riqueza y pobreza» (p. 142).

2. A quienes no somos filósofos por formación, pero hemos entrado desde la filología en el camino de la filosofía, inducidos por la relación intertextual de Descartes y Plauto, el trabajo de S. Van der Meeren («Exhorter à la philosophie ou à la sagesse? Une ambiguïté manifeste dans les protreptiques à la philosophie», pp. 147-170) nos resulta metodológicamente revelador. La autora revisa diversos textos procedentes de los diálogos platónicos, en particular *Eutidemo*, de Filón de Larisa, del neoplatónico Jámblico, de las *Epistolae* de Séneca, etc., para examinar la distinción o la confusión entre filosofía (*philo-sophia*) y sabiduría (*sophia*). El camino hacia la sabiduría en que consiste la filosofía tiene dos puntos de referencia principales, el propio camino y la meta, a la que nunca se acaba de llegar, tanto si la forma de sabiduría es la felicidad, como si es el bien o la virtud. Evidentemente, se trata, a nuestro juicio, de una oposición de aspecto secuencial, la de *infectum -- perfectum* ('inaccompli' -- 'accompli', cf. p. 156), de la que alguna vez hemos hablado a propósito del texto citado de Séneca (*Epist.* 89,4-8)¹. La ambigüedad presenta aquí dos caras, la de la polisemia de la palabra *filosofía*, si esta comprende, además del concepto etimológico de 'amor al saber', el de 'sabiduría', como ciencia suprema. Las concepciones varían de una escuela a otra; así, mientras unos están siempre de camino, otros creen haber llegado a la meta sin hacer el camino: «À la philosophie sans *sophia* de Socrate s'oppose la *sophia* sans philosophie des sophistes» (p. 167). La autora de este trabajo, tan bien planteado, documentado y resuelto, no deja de hacer honor a su nombre (*Sophie*).

3. «Les ambiguïtés de la "religion épistolaire" dans l'oeuvre d'Ennode de Pavie» (pp. 171-186) es el tema de que se ocupa S. Gioanni. Ennodio, noble galorromano nacido en Arlés, subió a la sede episcopal de Pavía hacia el año 513; su correspondencia epistolar, así como el resto de su obra (discursos, poemas, etc.) es anterior a esa fecha. El carácter oscuro y superficial que se ha atribuido a sus cartas es un efecto del tono alusivo que las informa; hay que estar al corriente de las relaciones personales y sociales, de los debates ideológicos de la época, para comprender el juego de connivencia entre el escritor y los destinatarios. La ambigüedad se da en diversos niveles expresivos y es producida por construcciones sintácticas, por figuras estilísticas (elipsis, oxímoros, inversiones, etc.), por palabras polisémicas, alguna tan representativa del sincretismo cultural de su tiempo como *religio*; incluso por el propio género epistolar entendido como medio de expresión literaria y de comunicación social.

IV. *Textes oraculaires*.— 1. El primer trabajo de este último capítulo, a cargo de G. Lucas, lleva por título «La réponse d'Ammon à Alexandre corrigée par Plutarque» (pp. 189-205). En el invierno de los años 331-332 Alejandro se dirige al oráculo de

¹ B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, «El magisterio de Séneca, reconocido por Descartes. Filosofía y poesía», M. RODRÍGUEZ-PANTOJA (ed.), *Séneca dos mil años después*. Universidad de Córdoba, 1997, p. 678 s. Véase el texto de CICERÓN (*Ac.* 1,20) citado en nuestro artículo sobre *incohare* en esta misma revista (p. 35). Se trata, en definitiva, de la secuencia *aprender -- saber*; cf. B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, *Descartes y Plauto. La concepción dramática del sistema cartesiano*. Madrid, Tecnos, pp. 72-85.

Amón; entre las preguntas que plantea y las respuestas que obtiene se crea un juego de ambigüedad tendente a satisfacer su curiosidad y su deseo de gloria. Cuando pregunta si todavía permanece vivo alguno de los asesinos de su padre, se le advierte de que repare en sus palabras, pues, como hijo de Amón, su padre es inmortal; con ello hasta su madre queda libre de la sospecha de adulterio. El autor hace un estudio de las diversas versiones transmitidas, entre las que dos de las más detalladas son las de los historiadores romanos Quinto Curcio y Justino.

2. A. Orlandini, que a su vez organizó en Ravena en junio de 2003 otra mesa redonda sobre la ambigüedad, se ocupa aquí de «paradoxes sémantiques, tautologies et textes oraculaires» (pp. 217-218). Paradojas y tautologías como las que se ve obligado a pronunciar el esclavo Escéledro en *Miles gloriosus*, a propósito de la identidad de Filocomasia desdoblada en una hermana gemela: *etsi east, non est ea* (532): «aunque es ella, [según tú] no es ella». La comedia de doble, como indica su nombre, es un terreno no menos propicio que el oráculo para la doblez y la ambigüedad². Analiza también las diversas implicaciones que se dan en la paradoja del adúltero y del cornudo, referida por Aulo Gelio (16,2,5-11); p. e., *qui facere non desiuit, non id necessario etiam fecit*.

3. Por último, G. Rougemont se plantea la cuestión siguiente: «Les oracles grecs recouraient-ils habituellement à l'ambiguïté volontaire?» (pp. 219-235). Al autor no le interesa el aspecto lingüístico o literario de la ambigüedad, sino el punto de vista histórico. Por los datos que se pueden obtener de los santuarios más famosos (Delfos, Dodona, Claros, etc.), tanto en lo que respecta a las consultas privadas (de carácter familiar, sanitario, comercial, etc.) como a las públicas (acerca de la guerra y la paz, la fundación de colonias, la institución de nuevos cultos o fiestas, los prodigios, etc.), la respuesta es claramente negativa; la ambigüedad en los oráculos no era todo; antes bien, era lo menos. No obstante, hay respuestas oraculares suficientemente oscuras como para admitir interpretaciones diversas; son aquellas que recurren a la homonimia, a la adivinanza, al enigma, etc.

He ahí, pues, una excelente aportación al conocimiento del fenómeno siempre complejo de la ambigüedad. Es el segundo libro colectivo en lengua francesa sobre la materia en la Antigüedad que hemos manejado; el primero, editado por I. Rosier en 1988³, merece igualmente nuestro aprecio. Un tercero no tardará en aparecer en la colección *Lingua Latina* de La Sorbona, también como resultado de una mesa redonda, la celebrada en Ravena⁴. Dado el interés que suscita el tema, seguramente no será el último. Dos preciosos índices, uno de conceptos y otro de pasajes citados, completan el conjunto de trabajos que acabamos de reseñar.

Universidad Autónoma de Madrid

Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ
benjamin.garciahernandez@uam.es

² En otra mesa redonda sobre las paradojas, celebrada en Ámsterdam en junio de 2001, organizada por la autora de este trabajo y M. KIENPOINTNER, nos ocupamos precisamente de algunas paradojas características de la comedia de doble (*Argumentation* 17, 2003, 99-111).

³ *L'ambiguïté. Cinq études historiques réunies par I. Rosier*. Lille, Presses Universitaires.

⁴ A. ORLANDINI & C. MOUSSY (eds.), *Recherches linguistiques sur l'ambiguïté en Grèce et à Rome*. París, PUPS, 2006.

MICHAEL VON ALBRECHT, *Cicero's Style. A Synopsis*, Brill, Mnemosyne, Bibliotheca Classica Batava, Leiden-Boston 2003, 281 págs. ISBN: 90-04-12961-8.

El presente libro de von Albrecht es una síntesis (sinopsis, dice el subtítulo) verdadera y muy lograda de un tema y un autor esenciales que están en el corazón de la lengua y la literatura latinas, un corazón que sigue bombeando su influencia a la cultura occidental hasta nuestros días: nada menos que Cicerón y nada menos que su estilo. Von Albrecht aprovecha un caudal inmenso de bibliografía, pero sobre la base de un interés de cuarenta años sobre el tema y de una nueva lectura, y con el objetivo primordial de simplificar todo el material existente, actualizarlo y hacerlo accesible a los lectores. Si ha acometido esta labor, es también, entre otras razones, porque muchos tratados antiguos sobre el estilo de Cicerón son difíciles de encontrar hoy día, porque las ediciones críticas y comentarios sobre las obras del Arpinate le parecen insuficientes, y porque unos estudios dedicados a esta cuestión se fijan sólo en aspectos parciales, mientras que otros no han conseguido traspasar sus propias fronteras. Von Albrecht quiere ser comprehensivo y selectivo en su exposición, descriptivo y no teórico. El trabajo que nos ofrece, sin embargo, no es el de un recopilador y simple sintetizador (que ya tendría su mérito), sino que aporta un enfoque nuevo y personal del que nos informa en las primeras páginas del libro, y que han aceptado, por lo demás, estudiosos de mucho prestigio (v. p. 4, n. 12). Se trata de considerar los diferentes niveles de estilo en Cicerón, en función del género (discurso, tratado, carta), el destinatario o las circunstancias de emisión, incorporando las nuevas orientaciones de la lingüística, en particular la pragmática, y la ayuda de la lengua y la literatura que mutuamente deben prestarse.

Von Albrecht sugiere (p. 8) a los menos expertos en el tema empezar la lectura de su libro por el «Epílogo» (pp. 219-242), en donde se hallará el resumen de las ideas teóricas de Cicerón sobre el arte del discurso, extraídas básicamente del *De oratore*. Ésta, y el *De re publica*, son dos obras maestras de Cicerón, a juicio de von Albrecht, y, además, complementarias: una y otra deben ponerse en relación para establecer los principios o ideales de la educación retórica, que se nos presentan encabezados por medio de doce lemas. Los cuatro primeros ('princeps', 'senatus populusque', 'lógos', 'idéa') consideran el trasfondo político e intelectual en el que se mueve el orador. El orador está incurso en la vida pública (romana) y aspira a ser, en la práctica, útil a la comunidad de ciudadanos. Éstos son su público en definitiva, y, por ello, quienes van a condicionar su estilo (p. 222), idea ésta que se reitera a lo largo de todo el libro. En el ambiente de la República romana, de una sociedad civilizada, la oratoria es la única arma de persuasión. El marco intelectual en el que toda esta práctica oratoria se desenvuelve fue creado por los antiguos griegos. Isócrates es la referencia fundamental de Cicerón, con su concepción de aunar en la misma persona el orador, el político y el filósofo. Logros romanos, en cambio, de los que es prueba en sí mismo el *De oratore*, son el estudio de la belleza literaria en una obra teórica, y el detalle de que aparezcan en ella los personajes de jóvenes oradores (Gayo Cota, Publio Sulpicio) con un propósito de ejemplificación e identificación con ellos; un propósito educativo, en suma. Los cuatro conceptos siguientes ('rem tene, verba sequentur', 'enkyklios paideía', 'philosophia', 'vir bonus') tratan de las cualidades intelectuales del orador: el privilegio que otorga al contenido frente a la forma, su cultura «enciclopédica», su cualidad de *vir bonus*. Los cuatro últimos lemas ('ironia, urbanitas', 'amplificatio', 'aptum', 'in utramque partem disserere') tocan aspectos propiamente estilísticos. Tras esto, el epílogo tiene otros dos apartados. Uno de ellos se

centra, a partir del *De oratore*, en la figura de Sócrates: apreciado como maestro, como hacedor de *boni viri* y como filósofo artifice de un método de la mayor trascendencia oratoria. Craso es el trasunto del filósofo ateniense en *De oratore*. El otro apartado desvela los pensamientos más personales de von Albrecht sobre la importancia de la educación retórica y la cultura del discurso en la actualidad, que hunde sus raíces en la Antigüedad. La retórica y la gramática deben ser esenciales en la educación actual, y los ejercicios retóricos encierran numerosos valores y son poderosos instrumentos pedagógicos (p. ej., la *disputatio in utramque partem*). En nuestros días, la retórica implica renunciar a la violencia en la discusión de los problemas humanos; con su estudio, también, se hacen patentes las estrategias demagógicas. La sociedad es más manipulable al carecer de conocimientos retóricos (latinos). El estudio de la retórica y del latín contribuyen a una mayor libertad intelectual. Y concluye von Albrecht con unas palabras que nos han llegado muy hondo y no podemos dejar de suscribir: «Los enemigos de la libertad saben bien por qué son enemigos del latín: la gramática y la retórica se enseñan en clase de latín. Por esta razón, el estudio del latín no debería ser un privilegio, sino un derecho humano» (p. 241).

El cap. 5 («Estilo y contexto en los discursos»: pp. 161-217), según la recomendación arriba indicada del profesor de Heidelberg, debe leerse por el no iniciado a continuación del epílogo. Se estudian los discursos de Cicerón ahora de una forma integrada, una vez seleccionados algunos textos en función de las partes del discurso: los 'prooemia' del *De Marcello* (título más exacto para esta oración, según von Albrecht: cf. pp. 170-171) y del *Pro rege Deiotaro*; la 'narratio' del *Pro Milone*; la 'digressio' del *Pro Archia*; la 'peroratio' de *In Verrem* II, 5, 184-189. El estudio de dichas obras no se limita a la parte en cuestión, sino que ésta se pone en relación con otras partes del mismo discurso, a cuya luz se revelan estilos diferentes. En todos los casos se ha prestado atención al contexto y al decorum. El exordio del *De Marcello* despliega un elevado número de elementos epidícticos sobre los que el propio Cicerón había teorizado en el *Orator*, con lo que la teoría y la práctica ciceronianas aparecen imbricadas de manera palmaria en estos pasajes. Von Albrecht pone en evidencia también la «reorientación» a la que Cicerón somete algunas de las virtudes propagandísticas de César, la 'dignitas' y la 'sapientia', para lo que ha tenido también presente el *Bellum civile*; el tema último del *De Marcello* no es la 'clementia', dice von Albrecht, sino la 'sapientia' de César, en el sentido de hacerle consciente de los valores de la comunidad frente a los individuales: Cicerón, en este exordio, pretende ser «mentor» político o intelectual del dictador según sus propios principios republicanos. El exordio del *Pro Deiotaro* se estudia desde el punto de vista de la 'inventio' y se coteja con la obra primeriza de Cicerón *De inventione*, cosa que a nadie hasta ahora se le había ocurrido. Los resultados son el ajuste del discurso al tratado de forma plena en lo que se refiere, al menos, a un par de técnicas en éste recomendadas; y, a la vez, la revalorización del *De inventione* como tratado de retórica. Del *Pro Milone* se analizan no sólo la narración, sino también el proemio y la peroración. Tanto más que antes, las cualidades que un exordio debe poseer, descritas en el *De oratore*, hallan su plasmación práctica de *genus medium* en el exordio del *Pro Milone*, cuya narración es prototípica del *genus tenue* que se delinea en el *Orator* (descontada la prosa rítmica, es lo cierto). En este punto, ya se ha resaltado la importancia de la 'inventio' como primer concepto clave en la configuración del estilo ('elocutio') de Cicerón; una y otra son convergentes en el orador romano. La peroración del *Pro Milone* ofrece todavía un tercer nivel de estilo, el estilo elevado o *gravis*. Con mucha finura, a nuestro entender, von Albrecht explica las razones de la desproporción y de la necesidad del excursus sobre la

poesía y la educación que figura en el *Pro Archia*: la facilidad del caso y la escasez de pruebas favorables a su defendido han movido a Cicerón a desviar la atención de la audiencia hacia un tema que, en sus manos, ha pasado de ser personal a universal. No deja de estudiarse en este mismo discurso su proemio ejemplar y elegante, próximo, como el excursus, al género epidíctico. Por último, del citado pasaje de *In Verrem* se comenta la peroración como ejemplo de estilo sublime, llena de vocativos, conduplicaciones (ej.: *imploro et obtestor*) e invocaciones retóricas a los dioses. La mención de los dioses sicilianos en este discurso, como demuestra von Albrecht, es de gran importancia, en la medida en que se romanizan y universalizan para, haciendo uso del orador romano de la técnica de la ‘amplificatio’, autoencumbrarse ante su audiencia en detrimento de Verres. En conclusión: dentro de un mismo género —aquí, el oratorio— y dentro de un mismo discurso, hay variedad de estilos; y estos estilos están determinados por dos conceptos clave: la adecuación (*appropriateness*), o ‘aptum’ —al emisor, al receptor, a la materia, a la situación en el espacio y en el tiempo—; y la concepción (*design*) global del discurso, o ‘inventio’.

Si hemos sido fieles, como principiantes, a la guía de lectura propuesta por el autor del libro, debemos ahora pasar a los primeros capítulos de la obra. Los tres primeros abordan los rasgos «variables» del estilo de Cicerón, es decir, aquellos que varían en función del género, del propio texto y de la evolución diacrónica; el cuarto capítulo, en cambio, se concentra en aquellos otros rasgos llamados «constantes».

El cap. 1 («Diferencias de género»: pp. 11-77) marca la pauta del tipo de análisis que von Albrecht efectúa con el apoyo de abundante bibliografía. Desde el punto de vista del estilo, cada género (discursos, tratados, cartas...) se estudia en comparación con los demás géneros, considerando en cada caso los diversos planos gramaticales —fonético, morfológico, léxico, sintáctico (aquí entra el orden de palabras y la prosa rítmica)— y retórico. En los discursos, se tiene en cuenta si se pronunciaron o no, o si sólo estaban destinados a la publicación. Von Albrecht pone de manifiesto las diferencias estilísticas entre unos y otros. Se tienen en cuenta también las diferencias existentes entre los discursos judiciales (con un estilo sencillo y carente de pathos en las causas civiles, y una mayor elegancia de las causas criminales) y los políticos (que presentan rasgos emocionales si fueron pronunciados ante el pueblo, y rasgos intelectuales si lo fueron ante el senado). En cualquier caso, son la audiencia y las circunstancias pragmáticas las que condicionan el o los estilos. De los tratados filosóficos y retóricos, que en líneas generales participan de características comunes, se puede decir que muestran un estilo intermedio entre los discursos y las cartas. Los tratados filosóficos, afirma von Albrecht, están escritos tanto en un lenguaje coloquial como, así mismo, en un lenguaje sublime. Las cartas reciben un muy detallado análisis, desglosado en un alto número de párrafos. Aquí también los estilos son diferentes en función del tipo de carta (privada, pública), del contexto (familiar, político) y de la situación (consolación, recomendación). Por último, no se pasa de largo sobre la poesía de Cicerón, en el peldaño más alto de estilo retórico. En este capítulo, en fin, el autor ha ido deduciendo reglas (*as a rule...*; ejemplos: «el vocabulario arcaico y el poético es más frecuente en los escritos filosóficos que en los discursos» [p. 12], «en el estilo forense, el arte debe ser ocultado» [p. 19], «la lengua cotidiana es más rara en las oraciones políticas que en las defensas» [p. 25], «Cicerón presta [a la hora de traducir] menos cuidado a los términos epicúreos que a los estoicos» [p. 35], «las oraciones nominales y las elipsis aparecen más a menudo en los escritos filosóficos que en los discursos» [p. 38], «el ritmo es más sofisticado en los tratados que en los discursos» [p. 45], etc.), reglas con visos de ser definitivas.

El cap. 2 («Matices de estilo dentro de obras individuales»: pp. 79-95) es un breve estudio acerca de los diferentes matices de estilo, cambios de tono e interacción de niveles que pueden encontrarse, de un modo general, en un amplio número de discursos en sus distintas partes, además de en los tratados filosóficos, fundamentalmente.

El cap. 3 («Desarrollo cronológico»: pp. 97-123) es el que menos permite enunciar afirmaciones concluyentes. Se trata de establecer la evolución diacrónica del estilo de Cicerón en cada uno de los géneros que cultivó, lo que sólo en este momento puede abordarse tras el estudio de los diversos géneros y el análisis pragmático (p. 8). En los discursos, se toman tres puntos de referencia: primeros discursos, discursos de los años 50, y discursos tardíos. Cabe preguntarse si el estilo de Cicerón se vio modificado, hacia el asianismo, tras su viaje a Grecia y Asia, ya que el *Pro Q. Roscio comoedo* contiene huellas de esa escuela retórica: fue algo transitorio, y los ecos plautinos se deben a que su defendido era actor de profesión. Como tampoco las *Caesarianae* adoptan acomodaticiamente un estilo neoático haciendo una concesión al destinatario. En los discursos tardíos el purismo de Cicerón crece a la vez que disminuye la exuberancia ornamental; ganan la fuerza y la transparencia, pierde la abundancia. Más difícil es establecer cambios de estilos a lo largo del tiempo en los tratados filosóficos. Los tratados retóricos, por su lado, experimentan una evolución paralela a los discursos.

El cap. 4 (pp. 125-159), titulado «Consistencia», repasa los rasgos estilísticos «constantes» de Cicerón, esto es, aquellos que son común denominador de la mayor parte de sus obras y que configuran su estilo. Cinco bloques y una conclusión contienen este capítulo. Primeramente, se tiene en cuenta la tradición griega y romana en la que se inserta Cicerón, en la teoría y en la práctica. Entre los griegos, influyeron en el orador romano los antiguos Teofrasto, Platón (cuyos diálogos aspira a emular), Aristóteles (al que admira), Isócrates, Demóstenes (del uno adopta la *cháris*, del otro el *páthos*), más las escuelas retóricas coetáneas, asiana y ática, en medio de las cuales se halla su propia posición ecléctica, que irá evolucionando hacia un estilo más moderado. Como traductor, von Albrecht señala las dificultades a las que Cicerón debía enfrentarse, así como sus aciertos; el estilo del orador romano compensa las carencias léxicas de la lengua latina en relación con la griega. La tradición romana, por su lado, está presente en el empleo de 'exempla', en la apelación a las emociones o en el uso, por ejemplo, de la aliteración y de la acumulación de sinónimos. Dentro de la tradición romana, pesa en Cicerón la lengua jurídica y oficial, que es utilizada, sin embargo, con criterios estéticos más que lingüísticos. Es notable la influencia recibida de Enio, como no lo es menos la que ejerció la prosa de Cicerón sobre los poetas augústeos. Respecto de las cartas, la lengua coloquial en la que están escritas tiene en mente el destinatario, y se podrían calificar como una suerte de idiolecto ciceroniano. Un segundo apartado, de gran interés, sitúa el estilo de Cicerón en el contexto de su época: aquí, se detallan primero algunos rasgos que definen la posición de Cicerón respecto de la escritura de la época anterior, para luego, sobre todo, comparar los dos grandes prosistas del momento, Cicerón y César. Si Cicerón es considerado purista en última instancia, no lo es de una manera tan rígida como la que exhibe César, escritor de «sobriedad burocrática» (p. 140); está claro que el estilo de Cicerón es más variado y consistente. El tercer y cuarto apartados que distinguimos continúan estudiando las características del estilo del Arpinate, una de las cuales, la creación de léxico, deriva de la gran creatividad del orador. Se puede concluir que el purismo de Cicerón es consecuencia de la búsqueda de la perfección, y que las constantes de su estilo obedecen al principio del decorum (*aptum*), condicionado por las leyes del género, por el tema y por la audiencia. El quinto apartado sintetiza la influencia de Cicerón en el

devenir de la literatura occidental, desde los escritores de la generación siguiente, pasando por Livio, los poetas áureos (Horacio, Ovidio), Séneca (a pesar de todo), los arcaizantes, hasta los autores cristianos, entre los que destaca Agustín (presente en otros capítulos de este libro), los medievales y los eruditos del Renacimiento. En esta época tuvieron lugar algunas polémicas en torno al latín que debía ser digno de imitación: von Albrecht menciona la toma de postura de Erasmo contra los ciceronianos. Las conclusiones de este importante capítulo pueden resumirse diciendo que el estilo de Cicerón ha recibido la aceptación casi universal de la comunidad lingüística; y que, en el s. I a. C., previo a la poesía de la Edad de Oro, supone el acmé de la prosa, una prosa dotada de claridad, belleza y armonía (además de funcional), expresión de la personalidad de un individuo. «Es a través de Cicerón», dice von Albrecht en otro capítulo, «como conocemos mejor qué es el latín clásico, y es a través de una lectura minuciosa de sus discursos como nos damos cuenta de que el latín clásico no tiene nada que ver con la habitual noción de lengua muerta» (p. 197).

El libro se cierra con la bibliografía (una docena de nombres españoles en veinticinco páginas: podía haber alguno más), el índice y una «Posdata» anterior (pp. 243-246) plena de coraje y honradez intelectuales, en la que el profesor von Albrecht, a contraluz de la adecuación y de la claridad ciceronianas, critica tanto la banalización de la lengua televisiva como la expresión abstrusa de algunos eruditos, lamentándose también del progresivo alejamiento de la transparencia de lenguas a priori virtuosas como el francés, el alemán y el inglés (cuando caen en manos de logóforos y mistagogos). Estudiar a Cicerón y su estilo es una necesidad cada vez mayor en tiempos en que los individuos son víctimas fáciles de la demagogia de políticos y vendedores. Frente a la lengua muerta que exhiben estos últimos, la de Cicerón se alza como un ejemplo de lengua viva memorable.

Este volumen de Michael von Albrecht sobre Cicerón y su estilo está escrito con admirable concisión. Es un libro poliédrico, pero con conclusiones convergentes en todos sus capítulos. Está destinado a perdurar, a ser un clásico: por su capacidad de síntesis, su variedad de enfoques y su pasión y compromiso con la materia objeto de su estudio. Resulta ya imprescindible y sería un honor ser traducido a nuestra lengua. Materialmente, es un libro muy cuidado. Tres erratas, varias incongruencias tipográficas: nada importante en una edición de primer nivel como ésta.

José Antonio CADENAS NAVARRO
joseancadenas@hotmail.com

HOMINEM PAGINA NOSTRA SAPIT. Marcial, 1900 años después. Estudios. XIX Centenario de la muerte de Marco Valerio Marcial, JOSÉ JAVIER IJO ECHEGOYEN, ALFREDO ENCUESTRA ORTEGA (Directores), Dirección General de Cultura de Aragón en colaboración con la Institución Fernando el Católico de la Diputación de Zaragoza y la Universidad de Zaragoza, 2004, 547 pp. ISBN: 84-96223-60-4.

El presente volumen de veintiún estudios se abre con un prólogo de J. J. Iso Echevoyen, comisario de la edición, para explicarnos el título, su contenido variado, pero básicamente filológico, y las razones de la importancia literaria de Marcial, a saber, su originalidad, su cercanía y su constante exhortación al *carpe diem*. Con independencia de la trascendencia que estos trabajos tengan para el futuro, que sin duda la tendrán, lo cier-

to es que este libro conjunto reúne a filólogos españoles expertos en Marcial, con alguna colaboración foránea, y un trabajo dedicado a la arqueología de la región aragonesa. Ello constituye una garantía de excelencia y calidad y es, además, un reclamo para una lectura interesada y atenta.

Antes de entrar de lleno en la consideración de todos y cada uno de los artículos, quiero dedicar unas palabras a la edición del libro. Resulta extremadamente difícil ordenar un volumen constituido por tantos y tan variados enfoques, lo que explica, imagino, la desproporción entre los distintos apartados que conforman el libro; así, las secciones dedicadas a «la obra de Marcial» y a «la pervivencia» congregan la mayoría de los estudios, diecisiete para ser exactos, mientras que el apartado denominado «traducción» incluye una sola aportación al igual que «el poeta Marcial» o «el texto de Marcial». En mi opinión, casi todos los trabajos, con la excepción del consagrado a la arqueología, que sí merece mención aparte, pueden dividirse en dos apartados: vida y obra de Marcial y pervivencia de su obra; de este modo laxo, si se quiere ver así, tanto la aportación sobre su vida como la referida al análisis de las últimas ediciones del texto entran de lleno en el primer apartado, en tanto que la versión de algunos epigramas cabe sin mayor problema en pervivencia.

El trabajo que da comienzo al volumen, «La personalidad de M. Valerio Marcial» (pp. 17-33), es una sorprendente forma de entender la filología, a medio camino entre la corrección moral y el panegírico; poco aporta la contribución de José Guillén en su afán por moralizar sobre la persona de Marcial y su conducta, irreprochables ambas si se comparan, siempre según el autor, con las de Ovidio, dechado, al parecer, de perversión y amoralidad (;?). El autor repasa todas las facetas posibles de Marcial, su biografía, la valoración artística de su obra, su moralidad, e insiste, por encima de todas, en la que él califica de delicadeza, es decir, ternura para los amigos y allegados, discreción para el resto. Una bibliografía más que superada cierra el trabajo.

Mucho más en consonancia con el resto de las aportaciones es el profundo análisis que lleva a cabo Rosario Cortés en «Epigrama y sátira...» (pp. 35-56) de los acercamientos de Marcial a la sátira horaciana; aproximaciones que se explican por el empeño de dotar al epigrama de un contenido moral y ejemplarizante del que carecía hasta entonces. Lúcido trabajo, salpicado de interesantes comentarios que, además, deja abierta una futura vía de estudio: los puntos de contacto entre Marcial y Juvenal, pero, sobre todo, entre el epigrama y el mimo, dado que ambos géneros comparten el rasgo de la lascivia, la voluntad de estructura y el humor.

Por su parte, Dulce Estefanía recoge en «Marcial y la literatura latina» (pp. 57-73) todo el elenco de autores, conocidos o no, sobre los que se pronuncia literariamente Marcial. La tragedia y la épica arcaicas son reiteradamente desdeñadas en las personas de Pacuvio, Acio y Enio, más que por antiguos, por insulsos en el tratamiento de los temas; sin embargo, se muestra admirado con Virgilio y cariñoso, pero poco elogioso, con sus amigos Lucano y Silio Itálico. La sátira de Lucilio no es de su gusto, mientras que la de Horacio, si nos dejamos llevar por el número de veces que lo cita, la tiene muy presente; a Persio le une amistad y talante crítico. También se muestra elogioso con los elegíacos, particularmente con Ovidio, el más usado; con respecto al genial Catulo, lo cita, admira y alaba, como lo muestra el epigrama homenaje VI 34. Este es, a grandes rasgos, el canon admitido de Marcial, al que hay que añadir el epigramista Marso, tres poetas de su gusto, Canio Rufo, Estela y Flaco, y una abultada nómina de poetas ignotos; de estos, la autora poco dice, como es natural, al no conservarse su obra. Trabajo de crítica literaria interna, que arroja luz sobre una zona tradicionalmente sombría.

Ambicioso y sumamente ilustrativo análisis de cómo dos parcelas tan distantes como la métrica y la teoría literaria pueden compaginarse en aras de una clarificación del género del epigrama; este es el objetivo de Jesús Luque, «*Epigrammata longa*: la brevedad como norma» (pp. 75-114), que parte de la posible relación entre la métrica de Marcial y la longitud de sus epigramas. El estudio consta de dos partes bien diferenciadas: la primera analiza, siempre mediante cuadros estadísticos, la longitud de los epigramas de Marcial, en dos perspectivas, externa, es decir, con respecto a otros autores epigramáticos, e interna, esto es, con respecto al volumen total de su obra; se concluye en esta parte que la obra de Marcial presenta similares características que los *Priapea* y los *elegeía* de Catulo, mientras que se aleja de los *polymetra* catulianos y sobre todo de la *Appendix* virgílica; además, se propone la distinción de dos grupos en la obra de Marcial, atendiendo a la longitud de los epigramas: máximo de doce versos en *Spect.*, XIII y XIV frente a los libros I-XII. En la segunda parte, se estudia mediante unas prolijas tablas la combinación entre tipo de metro y longitud de epigrama; las inferencias que el autor extrae de la comparación de ambas perspectivas son abundantes e iluminadoras; entre ellas, sirva de ejemplo, la tendencia a combinarse el dístico elegíaco y la brevedad de los epigramas (hasta 14 versos); o el curioso predominio de ciertas combinaciones preferidas por Marcial como los epigramas de once versos en endecasílabos. Léase sin prisa.

Viene a continuación la original aportación de Marc Mayer, «Los *Xenia* de Marcial clave de interpretación de un vaso...» (pp. 115-127), que contrasta documentos literarios y epigráficos en un intento por dar sentido a las figuras de un vaso del Alfar de La Maja. Este representa, de manera excepcional, una serie de viñetas de productos comestibles acompañadas por inscripciones, que han llegado muy mutiladas. El autor propone compararlas con los *Xenia* de Marcial, apoyado en dos hechos: la posible contemporaneidad de Marcial y Valerius Gaius Verdullus, autor de la decoración; y la circunstancia, sumamente curiosa, de que vaso y poemas estuvieron dedicados a un evento similar: los *saturalia*. El autor concluye que la mayor parte de los productos reproducidos en las viñetas aparecen en los *Xenia* de Marcial y, en alguna ocasión, los poemas ayudan a interpretar los *tituli* mutilados. Sabia combinación de epigrafía y literatura.

Enrique Montero Cartelle, «Marcial ¿erótico?» (pp. 129-149), entra de lleno en uno de los aspectos más debatidos de Marcial, el elemento erótico, y lo hace desde un punto de vista útil y apropiado: la función erótica en los géneros literarios. Antes, el autor pasa revisión a las fuentes literarias, básicamente Cicerón, para determinar la diferencia entre lo erótico y lo obsceno en la cultura romana, y llega a la conclusión de que lo obsceno es un elemento de carácter social y lo erótico un elemento con una función literaria, que condiciona el léxico e incluso las metáforas. Dentro de la literatura, y esta es la tesis que merece subrayarse, lo erótico está limitado a los géneros que lo seleccionan de acuerdo con el tipo de lector. Para determinar la función de lo erótico en Marcial, Montero establece primeramente la conducta sexual de su época y demuestra con acierto que Marcial critica en sus epigramas todas las conductas que supongan un desvío de la costumbre. De este modo, el autor demuestra la finalidad de crítica social que inspira la obra del bilbilitano; más aún, con este método filológico de comparar el léxico y las costumbres retratadas en los epigramas es posible comprobar el grado de idoneidad social, incluso bajo el Imperio, de una obra que escapa a cualquier calificativo asociado a lo moral. Que este estudio acabe con una exigencia de traducciones respetuosas para con el texto sólo se explica por la mojigatería y desinformación de nuestra filología.

Olimpo Muso, además de claro y conciso, proporciona en su colaboración, «*Bilbilis equis nobilis, sed nobilior aquis*: a proposito de Marziale» (pp. 151-155), una idea aproximada del azaroso destino de los manuscritos latinos. Enmienda y razona el autor la *lectio Bilbilis equis nobilis* por la más plausible *aquis* del epigrama I 49, 4. Esta propuesta se ajusta más a la realidad, según el autor, porque desde siempre fueron famosas las aguas de la zona, adecuadas para la forja de armas. Enmienda que, por otro lado, ya fue sugerida por un alumno del Brocense, Lorenzo Ramírez de Prado. Junto a la idoneidad de la lectura, se explica la corrupción del texto debido a la confusión medieval entre *e/a* y viceversa, error que puede venir de antiguo; por si fuera poco, un escriba podría confundirse con la expresión, frecuente en la época, *cum equis et armis*. Se trata, sin duda, de una enmienda ingeniosa, pero habríamos querido saber qué argumentos contrarios a ella esgrimen los editores de Marcial, que, como Citroni, deciden descartarla.

Con el prolijo estudio de Rosario Moreno, «Reflexiones en torno a la disposición del libro de epigramas...» (pp. 157-178), sobre la estructura del libro IV de Marcial entramos de lleno en los trabajos dedicados a la técnica compositiva de los epigramas. Parte la autora de la tesis de que una suerte de ordenación o disposición de los epigramas dentro de cada libro dota al conjunto de un aspecto y una significación renovados. Destacan en esta estructura de relaciones múltiples los inicios y los finales de cada libro; en el caso del libro IV, el final se cierra retomando el principio. Sin embargo, las relaciones entre los poemas dentro del libro se muestran complejas y diversas: por amplificación de un tema, por contraste, por alusión, por analogía léxica, etc. En definitiva, se sostiene que esta anárquica e ingente posibilidad relacional enriquece el grado de diversidad interpretativa de cada libro. Y es más que posible que sea así, pero se hace evidente que un librito de leves y divertidos epigramas supone al menos dos niveles de comprensión, pues la lectura rápida y juguetona a la que invita no puede desvelar las mil sutilezas que encuentra el estudioso. Este se adentra en la voluntad creadora del artista y en su talento.

Sigue el extenso y sólido estudio de Vicente Picón, «La «poética de lo humano» en Marcial» (pp. 179-208), donde se desarrollan con rigor dos tesis que podían haber constituido dos trabajos independientes; en la primera parte, el autor demuestra mediante una clarificadora comparación con Lucilio, por un lado, y con Horacio, por otro, hasta qué punto Marcial se aleja de ambos en su manera de componer. Así, partiendo del tema común del mal aliento de un personaje, el poeta Lucilio (AP. XI, 239) trae a colación figuras mitológicas pestilentes, mientras que Marcial (IV 4; VI 93) amplía el espectro de referencias reales malolientes con un manierismo sorprendente, tomadas de la observación de la vida real, para rematar con el *aculeus* satírico. El tema del *beatus ille* horaciano, inspirador de varios epigramas de Marcial, constituye el tema de comparación entre ambos, que nos descubre que si para Horacio el fondo lírico es lo principal y el mensaje satírico es secundario, para Marcial es justo al contrario, lo satírico es la esencia y lo lírico, sin dejar de ser importante, es instrumental. En la segunda parte del trabajo, se pone en cuestión la tesis de la poética de los objetos de Salemmme, y se demuestra que más allá de los objetos, lo que subyace en realidad en la poética de Marcial es un significativo interés por el hombre. Y esa poética de lo humano se deduce del análisis de la obra del poeta, pero también y muy especialmente, de sus manifestaciones programáticas, entre las que destaca las afirmaciones del poema X 4, de donde se ha extraído el título del libro (v. 10): *hominem pagina nostra sapit*, aplicable a los doce libros de epigramas.

Antonio Ramírez de Verger y Miryam Librán, «*Irritamenta Veneris* en Marcial» (pp. 209-226), examinan en Marcial uno de los tópicos de la poesía amorosa, los *irri-*

tamenta Veneris o cómo provocar la excitación amorosa. Aparte de unas pocas líneas dedicadas a los modos de excitación indirecta (fruto prohibido, demora y resistencia), el estudio parte y ahonda en las célebres cinco fases de la conquista amorosa, propuestas por Donato: la vista, la palabra, el contacto, el beso y la cópula. Y a los modos de seducción, ya sea con palabras o con contactos, el latín los denomina *blanditiae*, actividades propias de la profesión en otro tiempo de meretrices, actividad de amantes en época de Marcial, hay que añadir. Los autores ejemplifican con plasticidad cada técnica, excelentemente documentados, todo sea dicho, con los magníficos glosarios amorosos de Pierrugues y Pichon, al que habría que añadir el de Vorberg, aquí ausente. Como cabía esperar, el tópico del acceso amoroso es usado en Marcial como antídoto del deseo amoroso, pues, según la conclusión de los autores, el poeta aprovecha cada ocasión para mofarse de ese deseo y mostrar cuánto de ridículo hay en el tópico amoroso.

Francisco Socas, «*Lemmata sola legas*. Una revisión de *Xenia* y *Apophoreta*» (pp. 227-246) ofrece un novedoso y muy útil trabajo tipológico de los distintos agentes en el acto ilocutivo que constituye un epigrama: el destinatario, fácil de identificar, el donante, bastante más difuso, y el objeto, cuya identificación depende en ocasiones del *lemma*. Para este estudio, el autor considera especialmente aptos los dos últimos libros, *Apophoreta* y *Xenia*, catálogos de regalos con oferente y receptor fijados por el tipo de ocasión para el que se componen, aunque con atribuciones sintácticas sorprendentes, como cuando el objeto se hace parlante. Las posibilidades combinatorias están recogidas con detalle, pero toda esta complicación formal no tendría valor alguno sin el ingrediente del humor y la estilizada técnica compositiva de Marcial, sustentada en un conocimiento cabal de los objetos que constituyen la substancia principal de estos dos libros, tan diferentes e inimitables.

El único artículo dedicado a la crítica textual general lo firma Juan Fernández Valverde, «Diez años de crítica textual de Marcial» (pp. 247-269); se trata de un interesantísimo estudio de las ediciones críticas de Marcial en los últimos diez años. Con gran habilidad y solvencia, el autor repasa los pasajes donde los editores han tropezado hasta el momento, y comenta las propuestas, señalando con claridad y gracia los aciertos, los desatinos y lo que se deja por imposible. Un nombre destaca sobre el conjunto: el irreverente y facundo Shackleton Bailey; pero la impresión que se nos transmite es de pobreza crítica y de exceso de ingenio. Como es poco habitual encontrarse con un trabajo de crítica textual de un autor ya clásico, es de agradecer esta aportación lúcida, crítica y trabajada. Incluso las citas bibliográficas merecen lectura detallada, pues hasta allí llega el afán informativo del autor.

A medio camino entre la tradición y la crítica textual se sitúa la aportación de M.^a José Muñoz, «*Proverbia Marcialis*: lecturas parciales...» (pp. 271-293), con una visión comparativa de dos florilegios medievales de la obra de Marcial. Estos contienen de manera gradual sus versos, que van desde los 110 *excerpta* del ms. Diezianus a la síntesis del ms. Córdoba 150 con 36 versos, donde, a pesar de esta drástica reducción, hay representación de todos los libros de Marcial. Ambos mss., a su vez, reducción de una antología medieval de autores clásicos, el llamado *Florilegium Gallicum*, una copia del cual es el ms. Escorial Q-I-14, que sirve aquí como referente canónico frente a los otros dos. El trabajo se completa con dos tablas muy útiles para el cotejo del contenido de los tres mss., pero, especialmente, el Diezianus y el de Córdoba, verdadera esencia del trabajo, que encontramos debidamente editado en la parte final. Nos hubiera gustado que este estudio culminara con alguna interpretación de la radical reducción de la que aquí se da cuenta en clave genettiana, con cuya teoría de la inter-

textualidad se abre este trabajo, pero cuya aplicación a los manuscritos citados es poco productiva.

Vicente Cristóbal rastrea en «Marcial en la literatura española...» (pp. 295-321), como es habitual en su ya extenso y reputado trabajo de recepción, las huellas de Marcial en dos autores muy distintos y alejados entre sí: Rodrigo Fernández de Ribera con su obra *El Rosal* (s. xvii) y el poeta actual Enrique Badosa, con su *Epigramas de la gaya ciencia*. Siguiendo la estela de un trabajo anterior en veinte años, donde V. Cristóbal recogía con exhaustividad la huella de Marcial en España, en éste, sin embargo, se centra en una extraña pareja de autores que, tal vez, habría merecido un tratamiento separado; pues resulta inevitable la comparación entre ambos y el lector llega a la conclusión, conducido por el autor, de que es más interesante el segundo en detrimento del primero. Si nos centramos en Enrique Badosa, se muestra con claridad la deuda para con el modelo en la forma, el contenido, la estructura y en la mención explícita que de Marcial se hace. Llama la atención ese afán metaliterario del que hace gala Enrique Badosa y que tan bien subraya Vicente Cristóbal; hay, empero, ciertas afirmaciones de este último que han despertado mi sorpresa: sobre el objetivo del epigrama y su supuesta función moralizante, tajantemente negada aquí. En fin, mucho tendrían que decir a eso algunos de los que colaboran en este volumen conjunto.

Titánico trabajo de lectura y conocimiento, demostrados por Pilar Cuarterón, «Pervivencia de Marcial en la prosa castellana...» (pp. 323-367), en esta exhaustiva y casi vehemente búsqueda de Marcial en la prosa de los más insignes autores del Siglo de oro español: Cervantes, Lope, Quevedo y Gracián. Con esta nómina no es de extrañar la gran extensión del trabajo, centrado en un tipo concreto de pervivencia, la *aemulatio*, que, por su sutileza resulta difícil de identificar. Eso explica, según la autora, que haya pasado desapercibida para editores y comentaristas del Siglo de oro y posteriores. Es de esperar que este ingente caudal de datos, fruto de un fino olfato y un conocimiento cabal de Marcial, sea convenientemente aprovechado por las futuras ediciones de nuestros clásicos del Siglo de oro, incluso si en algunos pasajes nos quepa la duda de hallarnos más bien ante un tópico de la época que ante una *aemulatio*, como advierte la autora.

El artículo de Juan Gil, «Teoría del epigrama en el s. xvi» (pp. 369-385), cuyo resumen se refiere por descuido a las del xvii, supone un recorrido por las poéticas del s. xvi y un análisis de la preceptiva del género epigramático, aunque alguna de ellas no lo incluya explícitamente. El autor lleva a cabo un erudito ejercicio de tradición, alejándose del poeta Marcial y acercándose al género del epigrama. En las conclusiones, se resalta el papel de la Compañía de Jesús en la difusión del género y el papel de Escalígero como el mejor teórico que tuvo el género epigramático, pues fue el primero en separar los dos tipos de epigrama, simple y compuesto, y en distinguir las dos partes que conforman el epigrama compuesto: *expositio* y *clausula* o *indicatio* y *conclusio*. Otro dato sobresaliente que destaca en este completo repaso es que el epigrama como género no despertó el interés de los estudiosos hasta finales del s. xvi.

Espléndida y divertida contribución de José López Rueda, «Procacidad y erudición: Marcial en González de Salas» (pp. 387-413), dedicada a la recepción de Marcial, donde el epigramista sirve al humanista y poeta González de Salas como ilustración para su *Comentario* de expresiones y costumbres del *Satiricón* de Petronio; de este modo el epigramista explica al satírico. La parte del león, como no podía ser de otro modo, se la llevan los pasajes eróticos, abundantes en uno y otro; también hay comentarios para los hábitos de los poetas, el vino, los vestidos, la religión y la filosofía. El artículo se cierra

con los epigramas traducidos por González de Salas incluidos en el *Parnaso español*, los únicos conservados del humanista.

En la misma línea de los estudios anteriores, el de José M.^a Maestre, «En tono a la influencia de Marcial en el humanista alcañizano Domingo Andrés» (pp. 415-440), se impone como objetivo rastrear la influencia de Marcial en el poeta neolatino de Alcañiz, Domingo Andrés, convencido de la importancia que este tendrá para la introducción y desarrollo del epigrama en el s. xvii español. Tras un exhaustivo análisis, el resultado de la investigación no deja lugar a la duda: la influencia de Marcial en el poeta de Alcañiz afecta a la forma, estructura y contenido. Imita las *iuncturae*, la estructura bipartita con el aguijón final de Marcial, y desarrolla temas propios del género y, por ende, del poeta bilbilitano: los malos poetas, los amores no correspondidos, las fantasías imposibles del listo de turno, etc. Básicamente son trece las composiciones epigramáticas de Domingo Andrés que contienen la marca de Marcial, a pesar de la excesiva longitud de alguna de ellas. Si este hace gala de un gran conocimiento de Marcial, Maestre la hace de ambos.

En el amplísimo trabajo que sigue, «La agudeza de ingenio y el epigrama. Marcial, Gracián y Quevedo» (pp. 441-482), firmado por Eustaquio Sánchez Salor, la recepción de Marcial se analiza en el *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* de Gracián y en algunas recreaciones de Quevedo. Se interesa el autor por la compleja definición de agudeza que da Gracián y que parafraseo como dos extremos relacionados que se combinan en un marco común. A partir de ella, Gracián analiza todos los posibles tipos de agudeza y los ilustra en su mayoría con epigramas serios de Marcial, magistralmente comentados y traducidos por Sánchez Salor. La otra cara de la moneda, a saber, la parte práctica de la teoría del epigrama, la representa Quevedo, que recrea aquellos poemas que no habían sido recogidos por Gracián en razón de su inadecuado tono jocoso-satírico. Además de las recreaciones quevedianas, el autor nos ofrece algunas traducciones de un poeta anónimo del s. xvii, encontradas en el ms. 9311 de la Biblioteca Nacional, y cuya identidad nos gustaría conocer. Sánchez Salor comprueba cómo Quevedo mantiene la estructura de la agudeza de Marcial, teorizada por Gracián, si bien actualizando los personajes, añadiendo datos ausentes del original, ampliando uno de los extremos, recreando a su modelo, en definitiva. Baste de ilustración un ejemplo: *Thais habet nigros, niveos Laecania dentes / Quae ratio est? Emptos haec habet, illa suos* (V 43), que Quevedo vierte así: *Tiene los dientes de nieve / sobre cincuenta años Ana./ Tiénelos más negros Juana / y aún no ha entrado en diecinueve. / ¿Qué razón habrá que pruebe / los efectos evidentes / siendo igualmente tratados? / Ser los de Ana comprados / y los de Juana sus dientes* (fol. 200=51v). Conclusión evidente: Marcial es el renovador de un género cuya estructura se mantiene inalterada en el s. xvii español. Por cierto, en la introducción leemos una acertada digresión acerca de la renovación de la épica en manos de Virgilio y cuando esperamos un párrafo igual de luminoso sobre el epigrama y Marcial, el autor se contenta con la evasiva de no ser ese el lugar; ¡claro que era ese el lugar de detallar cómo y en qué renueva Marcial el epigrama y por qué fue él y no otro el poeta llamado a hacerlo!

Después de tanta y tan profunda erudición, las versiones de Ángel Sierra, «12 (+1) Versiones de Marcial» (pp. 483-494), son un soplo de aire fresco muy de agradecer. Tras una breve y conceptuosa explicación del proceso traductor a la manera de Marcial, siempre buscando el justo término, acomete el autor la traducción de trece epigramas en verso castellano. No me resisto a reproducir la versión de uno de los epigramas más famosos (X 47), acompañada del soneto de López Zárate (a la derecha):

«He aquí, mi encantador Marcial,
 lo que ayuda a hacer la vida más feliz:
 no con sudor conquistado, sino heredado caudal;
 campo feraz, hogar siempre encendido;
 pleitos nunca, servidumbres pocas, paz interior;
 fuerzas mediocres, pero el cuerpo sano;
 una cauta candidez; parejos los amigos;
 una mesa que te acoja, puesta sin exquisitez;
 la noche, sin ser ebria, libre de cuidados;
 no solitario el lecho, y aun así pudoroso;
 un sueño tal que las tinieblas acorte;
 querer ser lo que eres, y no ambicionar más;
 el prostrar día, ni temerlo ni anhelarlo».

«Estas son las cosas que hacen la vida
 (agradable Marcial) más fortunada:
 hacienda por herencia, no ganada
 con afán, heredad agradecida. //
 Hogar continuo, nunca conocida
 Querrela o pleito; toga poco usada,
 Fuerzas, salud, el alma sosegada,
 Sencillez cuerda, amigos a medida. //
 Mesa sin artificio, leve pasto,
 Noche sin embriaguez ni cuidadosa,
 Lecho no solitario, pero casto. //
 Sueño que abrevie la tiniebla fea,
 Lo que eres quieras ser y no otra cosa,
 Ni morir teme ni vivir desea.

La pregunta que surge en el agradecido lector es elemental: si acaso este ejercicio puede aplicarse a la obra completa de Marcial; si es que sí, añadido yo, ¿a qué está esperando?

Cierra el volumen la única contribución arqueológica, a cargo de Miguel Beltrán, «La arqueología de Aragón en la época de Marcial» (pp. 495-549); partiendo de las dinastías Julio-Claudia, Flavia y Antonina, el autor ofrece un extenso recorrido por ámbitos arqueológicos relevantes: la organización de las colonias sobre la distribución de los monumentos públicos y privados; el trazado hidráulico, con mención especial de la presa de Almonacid de la Cuba por su rareza; la producción cerámica y su uso como instrumento de datación; la arquitectura funeraria; la pintura mural; la escultura; etc., estableciendo siempre las líneas de evolución de un periodo a otro. El trabajo está lleno de datos que tendrán más valor para los iniciados en el mundo arqueológico que para un simple filólogo, como es el caso; con todo, es fácil y grato hacerse una idea de lo cotidiano en Marcial a través de la región que lo vio nacer y morir, gracias a un estudio tan minucioso y concienzudo como este.

Desde el punto de vista formal, hay algún que otro descuido fácilmente subsanable, como en las citas bibliográficas, repetidas dos veces en el trabajo de F. Socas, en nota y al final, sin suprimir las páginas que eran pertinentes en las notas; hay otros fallos formales, errores tipográficos, como alguna palabra en griego que no aparece en la fuente adecuada (p. 372), cortes de palabras incorrectos, textos latinos con y sin cursiva, etc., excusables por el elevado volumen textual. Se trata, a fin de cuentas, de defectos de forma que no dificultan en ningún caso la comprensión del texto y no perjudican ni un ápice la alta calidad de las colaboraciones.

Después de estos breves comentarios, apenas indicativos, sobre los trabajos aquí contenidos, tengo la esperanza de haber excitado el deseo de su lectura, siempre amena y provechosa. No me cabe la menor duda de la trascendencia de casi todos ellos y esta reseña persigue, sobre todo, su difusión.

Universidad Autónoma de Madrid

M.^a Rosario LÓPEZ GREGORIS
 rosario.lopez@uam.es

José Luís LOPES BRANDÃO, «*Da quod amem*»: amor e amargor na poesia de Marcial, Edições Colibri, Lisboa, 1998 (Estudos da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra; 26), 158 pp. ISBN 972-772-043-9.

Como indica el profesor de Coimbra en los preliminares (p. 15) el propósito del libro es esbozar un perfil del alma del poeta, que se presenta en el sexto y último capítulo, así como desarrollar una guía de lectura restringida a los *Libros de epigramas*. Su método de trabajo se centra en la lectura y análisis de las composiciones que muestran el lado personal del bilbilitano incluyendo también las aportaciones de la crítica. Pretende ser un alegato contra ideas falsas y preconcebidas que han lastrado la investigación sobre Marcial hasta tiempos muy recientes; en concreto, combate la frívola afirmación del filólogo japonés N. Fujii para quien Marcial era un poeta *incapace di amare*. El propio poeta reconoce la fama y el impulso creador que produce la literaturización de un amor (VIII 73, 3-4: *Si dare uis nostrae uires animosque Thaliae / et uictura petis carmina, da quod amem*), pero el amor no sólo se restringe al campo erótico como las relaciones que cantaron Catulo y los elegíacos, también existe en otras esferas de la vida.

Planteado así el tema en el capítulo primero, pasa revista a esos distintos amores. Comienza por el apego a su hispana celtiberia (cap. 2), a su Bilibis natal que, desde la añoranza, presenta como paraíso perdido. Es también un referente de la vida pacífica y sencilla en contacto con la naturaleza que apenas logra rozar en su finca de Nomento, ya que el bullicio de Roma y el ajetreo de la vida clientelar se lo impiden. Desde esa condición de cliente crítica la moral de la sociedad de la *Vrbs*, que también adora a pesar de todo. Por ello el autor se detiene a describir en unas cuantas páginas (32-52) los temas satíricos de Marcial.

Otra esfera afectiva de Marcial se vuelca hacia la amistad (cap. 3), que en su escala de valores sitúa por encima de la vida propia. Destacan los epigramas que describen una amistad sincera, generosa y desprendida que le permite afirmar *quas dederis semper habebis opes* (V 42, 8), por más que Marcial sólo pueda responder con su poesía como única posesión. Desfilan así los amigos «del corazón» (Julio Marcial, Quinto Ovidio, Estela, Flaco y otros más) y hacia ellos expresa un profundo afecto que contrasta con las críticas a las amistades falsas e interesadas.

En el terreno erótico (cap. 4) Marcial se muestra más frío y convencional por lo que resulta difícil descubrir sus verdaderos sentimientos. Predomina la impresión de que no se aventuró a un gran amor por ser éste fuente de tortura y angustia; no obstante, el autor aprecia atisbos de una pasión mantenida con Gala, pero desde la óptica crítica del amante herido. El resto son amores pasajeros que aportan desilusión. El panorama femenino que presenta es, en general, negativo, pero no considera que sea misógino (p. 111), sino tan sólo el correlato femenino de los vicios de la sociedad.

La sensibilidad que niega a esta esfera la otorga a los simples y humildes (cap. 5), como aprecia el autor en la denuncia del maltrato a los esclavos, a los que considera amigos y respeta por encima de diferencias sociales. La ternura a los niños se aprecia en la denuncia de la crueldad de los maestros y el lamento por una muerte prematura, como los epigramas en honor de la niña Eroción, que, descartado un forzado erotismo, provocan una «explosão de sentimentos na contenção habitual do poeta» (p. 129).

El rostro inmortal del poeta, que se obtiene en el cap. 6, corrobora una capacidad de amar extendida en varios niveles y direcciones (p. 151) que le otorgan fama inmortal. Ésta se debe también a la delicadeza con que supo omitir la mención de las personas que merecían su condena —pues se limita a criticar faltas en abstracto— y la generosidad y

afecto con que trató a quienes amaba. Entre esos afectos figura el del lector, que intenta cautivar para su obra, según Marcial, injustamente valorada por la crítica.

El aspecto más positivo, a mi entender, del presente libro es el redescubrimiento de la figura de Marcial y una nueva valoración de su obra más allá de la máscara festiva. Por otro lado resaltaré, la grata sencillez de la redacción, la nitidez del planteamiento y el rigor y la sensatez mostrados en la interpretación. Se descubren así sugerentes facetas de la personalidad de Marcial y surgen interesantes cuestiones literarias que esperan ser debatidas e investigadas.

Universidad de Zaragoza

Alfredo ENCUESTRA ORTEGA
alfenc@unizar.es

JEAN-MARIE LASSÈRE, *Manuel d'épigraphie romaine*. Ed. J. Picard. París 2005, 2 tomos. 1.167 pp. ISBN: 2-7084-0732-5.

Parece muy evidente que la epigrafía latina ha captado el interés de gran número de estudiosos e investigadores durante los últimos años. En nuestro país aparece en casi todas las universidades como materia troncal u optativa, según los planes vigentes, dentro de las especialidades de Historia Antigua y Arqueología. Incomprendiblemente, no termina de entrar en los planes de estudio de Filología Clásica, donde sólo algún documento epigráfico es utilizado ocasionalmente para probar fenómenos fonéticos o morfológicos, o para ejemplificar algún estado de lengua en materias como «Latín vulgar» o «Historia de la lengua latina». Aparece, pues, este nuevo manual en un momento de auge de los estudios de la epigrafía latina.

El profesor seguía viendo como verdadera dificultad la de recomendar un manual completo y actualizado para que el alumno se adentrara por su cuenta en la materia, o completara la estudiada. Generaciones enteras de epigrafistas se han formado con un manual que sigue presente no sólo en todas las bibliografías de introducción a la disciplina, sino en las bibliotecas particulares de cuantos se quieren dedicar a ella: el clásico de R. Cagnat, *Cours d'épigraphie latine* (París 1888), cuya cuarta edición de 1914 (reimp. anastática. Roma 1976) sigue siendo utilizada como verdadero libro de cabecera, después de más de un siglo. Sin embargo, «le manuel de R. Cagnat [...] devrait être refait aujourd'hui sur un autre plan» había escrito L. Robert en 1961. Era, pues, precisa la aparición de una nueva obra, ya que los intentos que se han ido haciendo desde los años sesenta no han satisfecho totalmente (quizás el de I. Calabi Limentani en su última edición es uno de los más completos). Así *Initiation à l'épigraphie grecque et latine*, breve manual universitario a cargo de B. Rémy y F. Kayser (París 1999) es demasiado conciso; como también *Epigrafía latina* de P. Corbier (cuya traducción al español por M. Pastor incorpora varios ejemplos de inscripciones de Granada en apéndice. Granada 2004); *Epigraphic evidences. Ancient history from inscriptions*, colección de artículos a cargo de J. Bedel (Londres 2001), que no es propiamente un manual, sino una recopilación de trabajos sobre temas concretos relacionados con la Historia Antigua a partir de la epigrafía, tal y como el título sugiere; o bien los de P. López Barja, *Epigrafía latina* (Santiago de Compostela 1993) y A. Donati, *Epigrafía romana. La comunicazione nell'antichità* (Bolonia 2002), por citar algunos de los más representativos.

Con una orientación completamente distinta permanecerán la magistral obra de I. Di Stefano Manzella, *Mestiere di epigrafista* (Roma 1987), un clásico en su género que incide mucho más en las técnicas de elaboración de un epígrafe, instrumentos escriptorios, etc.; así como *Il lapicida romano* de G. C. Susini (Roma 1977).

Aparece, pues, ahora este manual de 1.167 páginas, presentado en dos tomos, del que debe destacarse no sólo el que sea mucho más completo que los anteriores, sino especialmente cómo distribuye todo el material empleado en capítulos; se trata de una obra muy bien estructurada. Destaquemos la ejemplificación con nada menos que 509 inscripciones de las que habría que valorar la información aportada de cada una: referencia bibliográfica, lugar de procedencia, descripción formal y dimensiones, transcripción, traducción, datación, y sobre todo el comentario. Esta última parte, el comentario detenido a cada inscripción constituye probablemente la aportación más enriquecedora de la obra. Ello la convierte en un instrumento de enorme utilidad no sólo para quien se inicia en el mundo de la epigrafía latina, sino para quien tiene ya un conocimiento de la misma. Añadamos aún que varias de estas inscripciones van acompañadas de su respectiva foto (142 en total), y en todo caso se da la referencia exacta donde encontrarla.

Parece que en la elaboración y redacción de sus páginas el autor ha tenido presentes algunos principios pedagógicos como «no dar nada por supuesto» o «hacer lo difícil fácil». Detrás de esta obra se deja ver la mano de un maestro, un profesor de Universidad que durante años ha ido comprobando las dificultades que los alumnos tienen para comprender determinados conceptos de la materia, y les brinda un instrumento para que superen esas dificultades.

El manual es desde luego una obra de madurez, perfectamente pensada, redactada no de una vez, sino poco a poco, y con constantes referencias cruzadas que dan idea de la trabazón con que se ha elaborado. Los datos que se ofrecen, sin embargo, con ser muchísimos, no se amontonan en sus páginas, sino que se organizan con gran coherencia. El manual no presenta —sorprendentemente— un apartado bibliográfico específico, sino que las distintas referencias van apareciendo al hilo de cada tema y de cada inscripción. Ello, que en un principio puede causar extrañeza, ahorra sin duda buen número de páginas a una obra de por sí voluminosa. Y una vez que se ha comenzado a utilizar, no se echa de menos.

Tras la introducción obligada sobre la historia de la epigrafía y el método del epigrafista, la obra se estructura en tres grandes partes: el individuo, la ciudad, el Estado, escapando así de la clásica división en tipos de inscripción. Toda la información se agrupa en esos grandes capítulos, haciendo de esta forma mucho más hincapié en el contenido de la inscripción que en el carácter de la misma. No encontramos, pues, un apartado específico para temas como epigrafía jurídica o *instrumenta domestica*, sino que la información que este tipo de documentos aporta se reparte conceptualmente por toda la obra, siempre con las referencias comprobadas y escrupulosamente citadas.

Dentro de la primera parte (el individuo) se incluye el sistema onomástico completo (estudiando los collares de esclavo, por ejemplo, a propósito de los esclavos), y las inscripciones de carácter privado, donde se analizan las etapas de la vida desde el nacimiento hasta la muerte (inscripciones funerarias). Importante referencia a los *carmina*, cuyo estudio completo ha de ver la luz próximamente en un nuevo volumen del *CIL* (XVIII). Se estudian aquí, entre otras muchas cosas, las inscripciones de carácter mágico. La inclusión de inscripciones judías, cristianas y medievales completa el panorama de otros manuales clásicos.

Dentro de la segunda parte (la ciudad) se estudian tanto las instituciones de los municipios como la vida material de las ciudades, y la vida social (colegios, espectáculos, evergetismo, vida religiosa con un apartado especial para el cristianismo). Capítulo importante es el de las profesiones, la producción (con un capítulo dedicado a la producción cerámica y otro al de los metales), y las actas privadas que incluyen las transacciones con documentos tan importantes como las *tabellae ceratae* de C. *Caecilius Lucundus* o los *ostraca*.

La inclusión dentro de la tercera parte de todo lo relativo al emperador con temas como la titulación del mismo, el culto imperial o la *damnatio memoriae* nos parece muy apropiada. Se estudian aquí las magistraturas, el *cursus honorum* en los distintos *ordines*, dentro de la República y el Imperio, teniendo muy en cuenta las cronologías, algo importantísimo para poder datar los documentos por criterios internos, y los textos oficiales del Estado, que es mucho más que los epígrafes jurídicos en bronce. Se incluyen en él también los textos sagrados oficiales, los calendarios, los catastros. Capítulo importante en esta parte es el dedicado al ejército, en el que se hace relación de todos los cargos que el epigrafista puede hallar en un epígrafe.

La obra excede por el contenido los límites de la epigrafía latina, y se convierte igualmente en un precioso instrumento para el conocimiento de tantos y tantos aspectos de la antigüedad latina: *realia*, Derecho romano, economía, sociedad, las profesiones, el ejército... Podría decirse, por ello mismo, que podría incluso servir como manual de instituciones romanas tomando la epigrafía como punto de partida. En esta misma línea, algo digno de resaltar es cómo Lassère ha salpicado su obra aquí y allá con diversas inscripciones griegas *ad res romanas pertinentes*.

Digamos algo, finalmente, de los apéndices, un anexo casi obligado en los manuales de epigrafía. El I, dedicado a los *Fasti Consulares*, abarca la lista de los cónsules desde el 509 a.C. al 541 d.C., a la que añade un doble listado: cónsules por orden alfabético de *nomina* y de *cognomina*, algo que facilitará su búsqueda. El apéndice II, dedicado a las titulaturas de emperadores desde César hasta Justiniano (49 a.C. - 565 d.C.), nos parece que aun ofreciendo una información objetiva y por ello mismo ya conocida, la presenta sin embargo de forma muy clara al colocar en columnas los distintos elementos que constituyen la titulación año a año y permite ver de esta forma de un golpe de vista la titulación completa correspondiente a un año (y mes a veces) concreto. El III, la lista de procuratelas ecuestres es una puesta al día de la establecida por H.-G. Pflaum en *Carrière procuratoriennes équestres*, ausente en otros muchos manuales. El IV es una relación de funciones administrativas atribuidas a los libertos, sacado de G. Boulvert, *Domestique et fonctionnaire*. El V contiene un léxico de los principales términos institucionales griegos que aparecen en las inscripciones, papiros y algunos textos antiguos; el sexto corresponde al de las principales abreviaturas, un apéndice que suele aparecer en todos los manuales de epigrafía, al que se han añadido aquí algunas abreviaturas griegas presentes en inscripciones latinas y algunas abreviaturas de epigrafía cristiana y medieval. El VII, sin embargo, dedicado a las principales medidas, se queda quizás un poco corto.

A la obra, que nos parece impecable tanto en su realización como en su presentación, le encontramos no obstante alguna laguna. Si bien gran parte de los ejemplos son del norte de África, algo lógico e incluso esperado en un autor que ha trabajado fundamentalmente en esas provincias, y puesto que se trata de un manual actualizado debiera haber tenido en cuenta —creemos— algún ejemplo más de Hispania, cuyas tres provincias han proporcionado en los últimos veinte años piezas de extraordinario valor para el es-

tudio de la epigrafía latina. El autor ha utilizado la *Lex Irnitana*, pero se esperaría al menos la cita del sc. de Cneo Pisón padre, o del edicto de Bembibre. Se echa de menos, finalmente, en un manual tan actualizado una importante información sobre páginas web, archivos epigráficos on-line como los de las Universidades de Heidelberg (G. Alföldy) o Eichstätt (M. Klauss), algo imprescindible hoy pensando tanto en alumnos como en especialistas.

Universidad Autónoma de Madrid

Javier DEL HOYO
javier.delhoyo@uam.es

VITALINO VALCÁRCEL MARTÍNEZ y CARLOS PÉREZ GONZÁLEZ (eds.), *Poesía medieval (Historia literaria y transmisión de textos)*, Colección Beltenebros n.º 12, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos 2005, 483 pp. ISBN: 84-934365-1-8.

Uno de los géneros donde la literatura medieval demostró una mayor originalidad y viveza fue la poesía, no sólo la escrita en latín, sino también en griego, árabe y, por supuesto, en las principales lenguas vernáculas europeas. Aunque son muchas las cosas que se han hecho en este inmenso campo de estudio, aun quedan otras no menos importantes, entre ellas, editar un buen número de composiciones que siguen encerradas en los manuscritos, reeditar según criterios más modernos otros textos y hacer traducciones que contribuyan a una mayor difusión de los mismos.

Como una contribución más al conocimiento de la poesía medieval se ha publicado este libro que reúne los trabajos presentados, de un lado, en la Euroconferencia del Workshop «Medieval Poetry and Digital Resources», celebrado en Burgos del 14 al 25 de julio de 2003, a los que se han añadido los procedentes de las «I.ªs Jornadas de la UBU sobre Literatura Medieval: La poesía medieval», que tuvieron lugar también en Burgos del 4 al 6 de noviembre del mismo año. Ambas reuniones fueron promovidas y organizadas por los profesores Vitalino Valcárcel (UPV-EHU), F. Stella (Università degli Studi di Siena) y Carlos E. Pérez González (UBU).

Se trata, en conjunto, de un total de quince contribuciones, que los editores han distribuido en tres bloques: las de «Historia Literaria», con seis trabajos dedicados a los principales géneros de la poesía medieval en las diversas literaturas europeas; las que se engloban bajo el epígrafe «Acerca de la transmisión y edición de los textos poéticos medievales», también con seis trabajos, de carácter más «técnico», de los que dos tienen que ver con la relación entre música y poesía y tres con el empleo de las nuevas tecnologías; en fin, el tercer apartado, «Otras cuestiones de poética medieval», con tres trabajos sobre otros aspectos de la poética medieval igualmente interesantes.

De los trabajos del primer grupo, el denominado «Poesía clasicista bizantina en los siglos X-XII: Entre tradición e innovación», de Juan Signes Codoñer, de la Universidad de Valladolid (pp. 19-66), es una aportación al conocimiento de un género, la poesía, hasta ahora relegado por los especialistas en bizantinística en beneficio de la prosa, centrado en el periodo de mayor efervescencia de la poesía en Bizancio, los siglos X-XII¹, en el

¹ El periodo comienza con la segunda y definitiva deposición de Focio como Patriarca en 886 y termina con la caída de Constantinopla en manos de los cruzados en 1204, lo que acarreó el derrumbe del

que el cultivo de la poesía se caracteriza por un intento constante de recuperación de formas del pasado sin renunciar a la innovación formal y temática. El autor hace un repaso rápido por los principales géneros y producciones de la poesía clasicista bizantina, encontrando una gran variedad de formas y criterios de clasificación de los textos de acuerdo con su función y estructura y concluyendo que la clasificación por su metro o temática religiosa o profana es ajena en gran medida a la propia concepción de los bizantinos. Termina su trabajo analizando algunos ejemplos, para ilustrar cómo la poesía bizantina, partiendo de la tradición clásica y manteniendo en apariencia su fidelidad a ella, logró al mismo tiempo superarla².

El segundo trabajo, «La poesía árabe de Al-Andalus (siglos X-XII) y su paralelo en el Oriente», de Salah Serour, de la Universidad del País Vasco (pp. 67-101), repasa las etapas fundamentales de la poesía árabe en Al-Andalus —que tuvo en el periodo de los reinos de taifas y, sobre todo, en el siglo XI, su momento de mayor esplendor— y analiza la producción de dos de los principales poetas andalusíes, Ibn Zaidún y el rey y poeta Al-Mu`tamid de Sevilla. Paralelamente, traza una panorámica general de la poesía en el Oriente árabe durante la época de los abasíes, entre cuyas figuras cabe señalar a Abu an-Nowas, Al Mutanabbi y Abú-l-'Ala' al-Ma'arri. En casi todos los casos se incluyen textos traducidos representativos para ilustrar el comentario de sus obras.

En «La poesía amorosa alemana: siglos XII a XIV», de Victor Millet Schröder, de la Universidad de Santiago de Compostela (pp. 103-134), se traza un cuadro general sobre uno de los dos géneros de la lírica alemana de la Edad Media, el *Minnesang* o poesía amorosa, cuyo periodo de esplendor se extiende entre finales del XII y principios del XIV³, vinculado, al parecer, con las ciudades y la burguesía alemana. La poesía amorosa alemana nos ha llegado a través de cinco cancioneros. Muchas de las composiciones son anónimas o de autoría dudosa, y en la mayoría de los casos no llevan la anotación de la música. El autor termina su exposición con una pequeña antología de textos bilingües comentados, pertenecientes a algunos de los más destacados *Minnesinger*, como Heinrich von Morungen, Reinmar, Walther von der Vogelweide y Neithart.

En «Poesía Latina Hispana: Lírica religiosa», de Guadalupe Lopetegui Semperena, de la Universidad del País Vasco (pp. 135-179), el lector encontrará un clarificador trabajo sobre la evolución de la lírica religiosa en lengua latina y sus principales manifestaciones en la Península Ibérica, ilustradas a través del análisis de varios himnos y prosas. Partiendo de la himnodia latina del siglo IV, la poesía religiosa latina experimenta un cambio fundamental a partir del siglo IX con la aparición de los tropos y las prosas⁴, que representan la sustitución definitiva de la versificación métrica clásica por otra en la que

estado bizantino. No parece casualidad que la desaparición de Focio de la vida pública coincidiera con una etapa de esplendor para la poesía, pues el Patriarca había reorientado el interés hacia el pasado clásico griego en favor de la retórica, la historia y el derecho, y todo ello bajo el prisma de una estrecha visión cristiana de la literatura.

² Así, la mejor poesía bizantina de este periodo evitó los juegos verbales demasiado rebuscados y optó por la sencillez. Además, la poesía cortesana y culta, en su afán por ser accesible al público, introdujo incluso elementos de la lengua popular en aquellas partes de los poemas en las que hablaban directamente los personajes, en muchos casos con fines paródicos.

³ Aunque la etapa de mayor esplendor surge en torno al 1200, cuando aparecen los autores «clásicos», que desarrollaron una individualidad poética que los hace inconfundibles, entre ellos los mismos que Millet Schröder comenta en su antología de textos final.

⁴ También llamadas en latín *sequentia cum prosa*, de ahí que a este género poético también se le conozca con el nombre de *secuencia*.

el ritmo depende de las alternancias acentuales, el isosilabismo y la rima, principalmente. En la Península, lo más granado de la poesía religiosa pertenece a la himnodia visigótica o mozárabe, mientras que la producción de tropos y prosas guarda estrecha relación con la introducción del rito franco-romano.

Como contrapunto a la poesía religiosa latina, en «La adorable belleza de la amada: El erotismo en la Edad Media», de Manuel-Antonio Marcos Casquero, de la Universidad de León (pp. 181-205), se nos acerca al concepto de erotismo que manejan los *clerici vagi*, encarnados en el siglo XIII por los estudiantes pobres que pululaban por las recién creadas universidades y que tienen su mejor reflejo en la poesía de los goliardos. Éstos, que escriben a la vez que los trovadores provenzales, no participan de la misoginia espoleada por la Iglesia ni de la idealización caballerescas de la dama, propia del amor cortés. Los goliardos ensalzan los atributos corporales de la mujer, a la que sólo aspiran a amar carnalmente. El maestro en lo literario será Ovidio.

Cierra este primer apartado una contribución sobre la influencia de la poesía trovadoresca en la literatura húngara, «La (s)fortuna dei trovatori nella letteratura ungherese - Bálint Balassi (1554-1594), «Il nostro primo trovatore»», de Balázs Brucker, de la Universidad de Pécs (pp. 207-218), donde su autor explica por qué razón la influencia trovadoresca sólo llegó a Hungría en el siglo XVI⁵, con cuatrocientos años de retraso respecto a la Europa Occidental, merced a la figura de Bálint Balassi, el primer trovador, cuya obra presenta muchos de los motivos y conceptos de la poesía del amor cortés⁶.

El segundo bloque de trabajos está constituido en su mayoría por contribuciones de carácter mucho más técnico, relacionadas con la transmisión y edición de los textos poéticos medievales.

Así, en «Quelques considérations sur la mise en page de la poésie rythmique», de Pascale Bourgain, de l'École Nationale des Chartes de París (pp. 221-261), tras repasar las características fundamentales de la poesía rítmica, se ilustra el modo como los amanuenses pasaban al manuscrito las composiciones en versos rítmicos. A este respecto, se seguían básicamente dos modelos: los que eran calco de versos métricos se copiaban como éstos, es decir, un verso por línea (a veces dos si eran muy cortos); los que provenían de escribir con palabras melodías preexistentes eran tomados por prosa, y por eso se les escribía de continuo. A menudo podían fundirse ambas categorías. Para ilustrar las distintas formas de poner en la página los versos rítmicos se incluyen once láminas de manuscritos.

Otros dos trabajos tienen que ver con la música en la poesía medieval. En concreto, en el titulado «Carmina Burana: La musica», de Giacomo Baroffio, de la Universidad de Pavía (pp. 263-286), después de repasar brevemente la historia de la notación musical durante la Edad Media, se plantean las posibilidades de una reconstrucción, todo lo hipotética que se quiera, de la música de los *Carmina*, partiendo de la base de que los textos del *Codex Buranus*, aunque estaban destinados a ser cantados, sólo llevan notación musical en una parte de los mismos.

⁵ Porque fue en ese momento cuando la cultura caballerescas pasa a convertirse también aquí en un modo de vida, aparecen reyes apasionados por lo occidental, se difunde el uso de la lengua vulgar, el húngaro, entre todas las clases sociales y mejora la alfabetización de los nobles.

⁶ Entre ellos, los motivos florales, con los que los trovadores comparan metafóricamente a sus damas; los motivos animales, como figuración de los motivos del amor (la salamandra se compara con el corazón del poeta) o el concepto de *fin d'amor*.

Por su parte, el trabajo «Música y poesía en la lírica medieval», de Antoni Rossell Mayo, de la Universidad Autónoma de Barcelona (pp. 287-304), parte de la base de que los poemas líricos medievales no sólo imitan el texto, sino también los esquemas métrico-melódicos de otras composiciones; esto es lo que se llama *contrafactum*, que en la lírica cortesana se materializa en el sirventés. Después de analizar los esquemas métrico-melódicos que pudieron seguir dos poemas, uno del trovador occitano Raimon de Miravel, y otro, una cantiga de «loor» de Alfonso X, el autor concluye que con la carga de significado de estas melodías, que eran reconocidas inmediatamente por el público, los textos adquirirían unas connotaciones difíciles de lograr de otro modo.

Completan esta sección tres trabajos en torno a la aplicación de las nuevas tecnologías, dos sobre la edición de textos y otro sobre el trabajo con bases de datos.

En «L'applicazione del software SPI ai codici senesi», de Arianna Ciula, de la Universidad degli Studi di Siena (pp. 305-325), se expone el funcionamiento del SPI (*System for Palaeographic Inspections*), creado por el Departamento de Informática de la Università degli Studi di Pisa, un software específico para el reconocimiento de caracteres en textos paleográficos y su utilización para identificar la semejanza de letras pertenecientes a manuscritos diversos trazados en escrituras librarias. La aplicación concreta de este programa se va a hacer en un corpus de códices conservados en la Biblioteca Comunale degli Intronati de Siena, datados entre los siglos IX al XII⁷.

En «Tipologie di edizione digitale per i testi medievali», de Francesco Stella, de la Universidad degli Studi di Siena (pp. 327-362), a partir de los ejemplos más significativos de ediciones digitales⁸ de textos medievales emprendidos en los últimos años en soporte electrónico, CD-ROM e Internet, se propone una completa tipología de las mismas.

Por fin, en «MedDB: Il database della lirica profana galego-portoghese», de Luca Sacchi, de la Universidad degli Studi di Milano (pp. 363-381), se explica todo el proceso que llevó a la constitución del MedDB —la base de datos que recoge el corpus completo de la lírica gallego-portuguesa, junto con la biografía de los autores y un rico aparato métrico y retórico—, que se puede consultar *on-line* en el sitio del Centro Ramón Piñeiro para a Investigación en Humanidades de Santiago de Compostela (<http://www.cirp.es/bdo/med/meddb.html>), así como su funcionamiento y se compara con otras bases de datos similares, en concreto, *Trobadors* y *COM (Concordance de l'Occitan Médiéval)*, ambas dedicadas a la poesía provenzal.

El tercer bloque recoge tres trabajos dedicados a tratar otro tipo de cuestiones que suscita la poética medieval.

En «Acerca de la acomodación de textos latinos en la lírica medieval hispánica: revisión del caso gallego-portugués», de José Manuel Díaz de Bustamante, de la Universidad de Santiago de Compostela (pp. 385-428), el autor, partiendo del concepto de «texto acomodado», trata de explicar el por qué de la introducción de citas latinas en la lírica

⁷ Para el establecimiento de los grupos de manuscritos y su parentesco se tomará como piedra de toque la letra *a*, cuya evolución se encuentra entre las más emblemáticas en el desarrollo de la escritura carolina.

⁸ En ella la edición crítica ya no se concibe como la reconstrucción filológica de un original o de un arquetipo, sino que asume también los que la crítica tradicional definía como errores o innovaciones. Así, se recopilan todos los materiales textuales útiles para construir cualquier cosa que los estudiosos quieran proponer en el futuro. Además, la edición digital encuentra su mejor campo de aplicación en los textos medievales, porque en ellos ni el concepto de autor ni el de texto están claros muchas veces.

gallego-portuguesa, centrándose en dos casos, las que aparecen en una cantiga de escarnio, la número 78 de Lapa, debida a Airas Pérez Vuitorón, cuya finalidad es claramente paródica, y citas latinas concretas incluidas en textos de lírica religiosa, donde su objetivo fundamental es ornamental.

En «Historia y poesía en la épica latina medieval», de Marcelo Martínez Pastor, de la Universidad Complutense (pp. 429-460), después de analizar las opiniones sobre la épica de dos tratadistas antiguos, Aristóteles en su *Poética* y de Servio en sus comentarios a la *Eneida* de Virgilio, y de dos autores modernos, Jean-Marcel Paquette y Dieter Schaller, éstos últimos sobre la épica medieval, se observa que todos ellos coinciden en afirmar la presencia en la epopeya de la historia y la ficción: la historia, como reflejo de la realidad del pasado, y la ficción, fruto de la libertad del poeta para no adecuarse a aquélla. Para comprobar en qué medida se cumple este aserto, el autor analiza la presencia de la historia y la ficción en dos poemas épicos medievales, uno de asunto legendario, el *Waltharius*, y otro de historia reciente, el *Poema de Almería*.

El último trabajo, «Las Artes Dictaminum y Poéticas Medievales en las artes predicatorias», de Antonio Alberte, de la Universidad de Málaga (pp. 461-483), el autor demuestra cómo las *Artes Dictaminum* y las poéticas medievales ejercieron una influencia notable en las Artes Predicatorias, algo que se había ignorado hasta ahora⁹. Para poder comprobar de modo fehaciente esa influencia el profesor Alberte dispone de su *Corpus Artium Praedicandi*, que contiene más de 40 artes.

En fin, por lo que llevamos dicho, es evidente la amplitud de enfoques que permite un tema como éste, algo que reflejan muy bien las contribuciones aquí reunidas. En ellas, además, el lector no especialista agradecerá que en la mayoría se dé una visión de conjunto de los distintos géneros y cuestiones que suscita la lírica medieval, antes de entrar de lleno en otros aspectos más concretos y propios del especialista. Por último, conscientes de la importancia cada vez mayor que las nuevas tecnologías tienen para el desarrollo de la labor filológica, los editores les han reservado también su espacio, algo que, personalmente, consideramos una de las principales virtudes de este libro.

Universidad de Málaga

Cristóbal MACÍAS
cmacias@uma.es

⁹ Son muchos los aspectos de las Artes Predicatorias que parecen provenir, principalmente, de las *Artes Dictaminum*, entre ellos la *salutatio*; la consonancia rítmica, para la cual el *Ars Predicandi* de Juan de Chalons (s. XIV) remite a las *Artes Dictaminum*; la exigencia de que el prólogo tenga un desarrollo breve frente a la *narratio*; en fin, en lo que se refiere a la influencia de la poética medieval, Juan de Chalons en su *Ars brevis et clara ad faciendum sermones secundum formam sillogisticam*, al hablar de los recursos dilatorios que se deben emplear en el sermón, señala la importancia de los ocho procedimientos que Godofredo de Vinsauf fijaba en su *Poetria Nova*.

CRAIG KALLENDORF, *Elogio de Eneas. Virgilio y la Retórica Epideíctica en el Temprano Renacimiento Italiano* (traducción de Susana Cella), Ril Editores, Santiago de Chile 2005, 278 pp. ISBN: 956-284-419-6.

En estos tiempos de constantes reformas universitarias más o menos profundas y siempre supuestamente inminentes, uno se ve a menudo en la circunstancia de tener que explicar, a los demás y a uno mismo, qué debería hacer eso que llamamos 'filólogo' y a qué demandas de su entorno debería ser capaz de dar respuesta. No parece que el principio de una reseña sea lugar poco indicado para plantear, una vez más, la cuestión. Así pues, ¿qué se le puede pedir a un filólogo? Las posibles respuestas podrían orientarse hacia dos vertientes principales: por un lado, ¿cuál debe ser la formación profesional de un filólogo cumplido, qué capacidades técnicas e intelectuales debe dominar?; y, por otro y directamente relacionado con lo anterior, ¿qué características debería tener idealmente el 'producto científico' que, en forma de publicación, es el objeto que efectivamente 'se le pide' al filólogo?

Puestos a pedir, uno desearía que el filólogo dominara las técnicas tradicionales de la disciplina: conocimiento de la lengua o las lenguas de su competencia (más las instrumentales), familiaridad con la crítica textual y con la transmisión de los textos, capacidad para contextualizar su objeto de estudio gracias a su formación histórica y cultural, y, por último, discernimiento suficiente para dirigirse a los lectores de su tiempo (y no a los de hace dos o doce decenios).

Se habrá ya imaginado el lector que este preámbulo conduce a la consideración de en qué medida el autor y el libro que son objeto de esta reseña cumplen con los mencionados *desiderata*. Pues bien, entremos ya en materia diciendo que, en este caso, los cumplen tanto el autor como el libro. En efecto, Kallendorf demuestra aquí un sólido dominio del latín y del italiano, recurre a bibliografía de procedencia lingüística muy diversa, nos presenta los textos que lee e interpreta en su contexto histórico, cultural y material y nunca olvida atender explícitamente las expectativas e inquietudes de un lector moderno. Pero vayamos por partes.

Este libro es la traducción al español de *In Praise of Aeneas: Vergil and Epideictic Rhetoric in the Early Italian Renaissance*, publicado originalmente en Estados Unidos hace algo más de quince años (Hanover, University Press of New England, 1989). Su autor, Craig Kallendorf, es, por su formación, un clasicista, pero ha dedicado gran parte de su labor filológica al estudio del Renacimiento italiano. En su producción alternan y se superponen la preocupación por cuestiones teóricas (estética general, historia de las ideas) con la atención a los asuntos más materiales relacionados con la transmisión textual y los manuscritos. Kallendorf ha invertido esfuerzos en la árida tarea de la recopilación bibliográfica (ocupándose de la tradición clásica en la literatura inglesa y de las versiones italianas de Virgilio)¹, es el autor de uno de los primeros volúmenes de la modélica y necesaria colección «I Tatti», en el que ha incluido la edición crítica del texto latino de varios tratados pedagógicos humanistas (junto con traducción inglesa)²,

¹ C. W. KALLENDORF, *Latin influences on English literature from the Middle Ages to the Eighteenth Century: an annotated bibliography of scholarship, 1945-1979*, Nueva York y Londres, Garland, 1982; C. W. KALLENDORF, *A bibliography of Renaissance Italian translations of Virgil*, Florencia, Leo S. Olschki, 1994.

² C. W. KALLENDORF, *Humanist educational treatises*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2002 (The I Tatti Renaissance Library, vol. 5).

y prepara un *Companion to the Classical Tradition* que publicará la editorial Blackwell³.

La recepción de Virgilio ha sido uno de los intereses centrales de las investigaciones de Kallendorf⁴, y este libro, según advierte su autor en el prefacio (pp. 15-17), aúna dicho objeto de estudio con el estudio de la retórica clásica, otro de los ámbitos en los que Kallendorf ha destacado. Según señala Kallendorf, a lo largo de su lectura de textos humanísticos «comencé muy lentamente a percibir cuán profundamente la retórica epidéctica, la retórica del elogio y la condena, había moldeado la crítica literaria de las primeras generaciones de humanistas». En efecto, tal y como dejan claro esta cita y el título de la obra, en los seis capítulos de los que consta esta monografía Kallendorf nos acompaña en revisar las lecturas que de la *Eneida* virgiliana realizaron, entre otros, Petrarca, Boccaccio, Coluccio Salutati, Maffeo Vegio y Cristoforo Landino, y revela hasta qué punto estas lecturas estuvieron condicionadas por el marco conceptual de la retórica epidéctica (que en el español de Chile al que está traducida esta versión se prefiere llamar, como reza en el título, 'epidéctica').

El primer capítulo, «De la Antigüedad al Renacimiento. Modos de leer la *Eneida* de Virgilio» (pp. 19-48), arranca con una serie de consideraciones sobre las diversas aproximaciones a la *Eneida* que, desde un punto de vista general, se han dado en diferentes épocas. La desconfianza hacia la *pietas* de Eneas que puede detectarse en autores contemporáneos como M. J. Putnam se contrapone así a las expectativas con las que lectores de los siglos XIV y XV se acercaban a la epopeya de Virgilio: como bien observa Kallendorf (p. 21), «para la mayoría de los escritores y críticos del Trecento y del Quattrocento, la literatura era un vehículo de ideales, una declaración de cómo deberían ser las cosas, y no de cómo son». Centrándose ya en el periodo que es objeto de su estudio, a Kallendorf le interesa, en primer lugar, repasar los precedentes tardoantiguos y medievales que los humanistas encontraron a su disposición. Se pasa así revista a las conclusiones generales de la obra clásica de Comparetti (pp. 22-23) y se resumen las interpretaciones (pp. 23-32) que de Virgilio llevaron a cabo autores como Servio, Prisciano, Macrobio, Fulgencio, Bernardo Silvestre, Bernardo de Chartres, Juan de Salisbury y, por supuesto, Dante. Kallendorf destaca el peso que la lectura alegorizante tuvo en muchos de estos autores, para poner luego el acento en la importancia que desempeñaron la retórica y la perspectiva moral, a partir de Petrarca, en la concepción humanista de la literatura en general y de la épica en particular. Explica Kallendorf, ciñéndose más a su tema, que debido precisamente a la preeminencia del esquema retórico-epidéctico en muchos humanistas, la *Eneida* se concebía esencialmente como un texto que elogiaba la virtud y condenaba el vicio. Advierte ya Kallendorf desde el principio, y para terminar su capítulo introductorio, que esta manera de leer la *Eneida* se aleja de los enfoques mo-

³ La atención de Kallendorf a los aspectos más generales de la tradición clásica puede verse también en sus dos reseñas a los correspondientes volúmenes del *Neue Pauly*: «Rezeptionsgeschichte comes of age: *Der Neue Pauly* and the Classical Tradition, I», *International Journal of the Classical Tradition*, 7 (2000), pp. 58-65; y «Rezeptionsgeschichte comes of age: *Der Neue Pauly* and the Classical Tradition, II», *International Journal of the Classical Tradition*, 11 (2004), pp. 292-300.

⁴ A este respecto es muy ilustrativa su comparación de la visión 'negativa' que de la *Eneida* han proporcionado ciertos estudiosos norteamericanos con varios textos renacentistas: C. W. KALLENDORF, «Historicizing the 'Harvard School': Pessimistic Readings of the *Aeneid* in Italian Renaissance Scholarship», *Harvard Studies in Classical Philology*, 99 (1999) pp. 391-403; el lector español encontrará también interesante su reciente «Representing the Other: Ercilla's *La Araucana*, Virgil's *Aeneid*, and the New World Encounter», *Comparative Literature Studies*, 40 (2003) pp. 394-414.

ernos que buscan sutileza y varios niveles de interpretación (p. 46): «es difícil alabar la virtud al mismo tiempo que se está cuestionando su estatus ontológico o redefiniendo lo que significa dentro de una cultura dada. Como resultado, la retórica epideíctica tiende a simplificar más que a complicar los valores que trata».

El segundo capítulo, «Francesco Petrarca. Escipión, Eneas y la épica del elogio» (pp. 49-104), arranca con un examen de la primera de las *Églogas* que compuso Petrarca. De los últimos hexámetros de este poema, leídos junto con un pasaje de las *Familiares* del mismo Petrarca, avanza Kallendorf una concepción general de la misión que la épica debía desempeñar según el autor aretino: servir de vehículo para el elogio de la virtud. Ése es el fin que persigue el *Africa* de Petrarca, que, por supuesto, tiene como punto constante de referencia la *Eneida* de Virgilio, y a cuyo análisis dedica Kallendorf buena parte de este capítulo. Surge así Petrarca como una especie de nuevo Ennio (que aparece como personaje en el *Africa*) y Escipión, protagonista de la epopeya, como un nuevo Eneas, aunque dotado, eso sí, de una *pietas* que supera incluso la de su arquetípico modelo. Según Kallendorf, Petrarca concebía su *Africa* como un poema que debía ser leído en clave moral y alegórica, y en diálogo continuo con el modelo virgiliano. Analiza para ello varios elementos de la epopeya de Petrarca, acudiendo sistemáticamente a otros escritos de Petrarca para apuntalar sus argumentaciones: el largo sueño con el que comienza el poema, basado en el *Somnium Scipionis* de Macrobio pero modelado sobre el *descensus ad inferos* del libro VI de la *Eneida* (pp. 70-82), en el que el italiano «hace más explícito lo que vio escondido bajo la alegoría de Virgilio» (pp. 78-79); la caracterización de Sofonisba, amante del conquistador Masinisa, figura femenina modelada directamente sobre la Dido virgiliana (pp. 82-94); los episodios bélicos de los últimos cuatro libros, en los que, como bien se señala (p. 95), «los ejércitos rivales están identificados inequívocamente con las ‘fuerzas del bien y del mal’». Concluye Kallendorf que la recreación petrarquista de la *Eneida* que constituye su *Africa* revela las líneas maestras de la lectura que el autor italiano realizó de la obra clásica: una lectura —es la tesis principal de la monografía— efectivamente condicionada por el esquema epideíctico del elogio y la condena.

El capítulo tercero, titulado «Las dos Didos de Boccaccio. Virgilio, Petrarca y ‘Il Più Grande Discepolo’» (pp. 105-134), plantea cómo Boccaccio presenta dos perfiles del personaje femenino central de la *Eneida*: por un lado, en las obras en vulgar la Dido que aparece en unas cuantas ocasiones es, sustancialmente, la del canto IV de la *Eneida*; por otro, sin embargo, en varias obras escritas en latín y que se inscriben en la producción más ‘humanística’ de Boccaccio (*Genealogie deorum gentilium*, *De claris mulieribus* y *De casibus virorum illustrium*), se refuta la versión virgiliana y se reivindica la castidad de la reina cartaginesa. Con ejemplar detalle de testimonios escritos y ordenación de acontecimientos vitales, Kallendorf muestra (pp. 109-114) que el cambio de actitud de Boccaccio se debió a su encuentro con Petrarca de 1351, durante el que tuvo oportunidad de leer la parte ya escrita del *Africa* del aretino, en la que se incluía la reivindicación de la casta Dido. Establecidos los hechos, Kallendorf pasa entonces a la interpretación de los mismos, empezando por afirmar (p. 114) que «le debemos a Boccaccio al menos la cortesía de preguntarle *por qué* aceptó el punto de vista de Petrarca». Para obtener esa respuesta acude Kallendorf a los textos de Boccaccio en los que este autor proporciona explícitamente su concepción de la poesía: varios pasajes de los libros XIV y XV de la *Genealogie deorum*. En ellos percibe Kallendorf con razón el peso de la tradición retorizante de las *artes poetriae* medievales; sin embargo, a diferencia de sus predecesores, Boccaccio confiere al elemento retórico un relieve en el que destaca la *inventio* y no lo

estilístico. La poesía así concebida se tiñe de un intenso tono moral: «el elogio de la virtud y la condena del vicio», como señala Kallendorf (p. 120), «juegan un papel fundamental» en un modelo estético dentro del que el poeta se aproxima más al filósofo (a un filósofo moral y humanista, claro está) que al gramático. Varios fragmentos más de la *Genealogie* confirman esta lectura de la *Eneida*: Virgilio pretende sobre todo, para Boccaccio, presentar modelos humanos de virtud y vicio que merezcan las correspondientes alabanza y condena. Bajo este prisma, incluso, explica Boccaccio la ficción virgiliana sobre la entrega de Dido: el poeta, cumpliendo con su deber de elogiar al héroe virtuoso, se excede aquí faltando a la verdad histórica, que Boccaccio declara preferir. Se alza así Boccaccio como un lector de Virgilio cuya visión quedó profunda y definitivamente afectada por el encuentro con Petrarca, pero que supo al mismo tiempo, como indica Kallendorf, mantener su independencia con respecto al aretino y que fue también capaz de desarrollar de manera más articulada y explícita una concepción de la poesía épica.

El mismo año de la muerte de Boccaccio, su amigo Coluccio Salutati fue nombrado canciller de la república florentina. Es a esta figura a la que Kallendorf dedica el cuarto capítulo de este libro: «Coluccio Salutati. Basel, Universitätsbibliothek F II 23 y el poeta 'diestro en el elogio y la condena'» (pp. 135-172). Las páginas correspondientes, como obviamente indica el título del capítulo, tienen como objeto de estudio un manuscrito actualmente depositado en la biblioteca de la Universidad de Basilea. El códice en cuestión contiene las obras de Virgilio y fue propiedad de Salutati que anotó profusamente los márgenes del mismo recurriendo a menudo al comentario de Servio. Kallendorf pone varios ejemplos de estos *marginalia* de la mano de Salutati y los agrupa en tres grandes apartados: notas dirigidas a aclarar extremos de *realia* o léxicos, paráfrasis que ilustran sobre el progreso argumental de la obra y, en tercer lugar, notas cuyo fin es (p. 151) «responder a preguntas que podrían haberse suscitado en una lectura atenta del poema». A pesar de lo lejanas a la sensibilidad de un lector moderno que, según señala Kallendorf con razón, pueden resultar las respuestas proporcionadas por Salutati, el conjunto de las notas va dirigido a aclarar el sentido literal del texto virgiliano, sin dar lugar a las interpretaciones alegorizantes que hemos visto en Petrarca. En una etapa posterior de su producción literaria, sin embargo, Salutati da amplia cabida, según muestra Kallendorf, a la lectura alegórica de la *Eneida* y de la mitología antigua en general. En efecto, en el *De laboribus Herculis* de este autor se encuentra una interpretación de la *Eneida* y de sus personajes en clave alegórica y moralizante, algo que Kallendorf explica como fruto de una evolución intelectual: en sus primeros pasos como humanista y como crítico, como los que pueden verse en el manuscrito de Basilea, Salutati está adquiriendo los instrumentos intelectuales necesarios para comprender de manera profunda el sentido literal del texto; una vez alcanzada esa meta, puede dedicarse ya (p. 171) «a desarrollar sus ideas acerca de la poesía más extensamente», algo que lleva a cabo en su *De laboribus*.

El penúltimo capítulo, quinto de esta obra, está dedicado al décimo tercer libro de la *Eneida* que compuso Maffeo Vegio: «La *Eneida* inconclusa. Elogio y condena en los discursos del *Libro XIII* de Maffeo Vegio» (pp. 173-212). Tras presentar las circunstancias en que surgió este *Supplementum* y sus características generales⁵, Kallendorf subraya tanto el éxito que tuvo en los siglos XV y XVI como lo lejano que queda de la sensibilidad del

⁵ El lector español puede acudir para obtener una visión general de esta obra al trabajo de V. CRISTÓBAL LÓPEZ, «Maffeo Vegio y su libro XIII de la *Eneida*», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 5 (1993), pp. 189-210.

lector moderno. La tesis de Kallendorf, aquí también, es que Vegio leyó la *Eneida* a través del prisma de la retórica epidíctica del elogio y el vituperio (para lo que acude a testimonios explícitos de otras obras de este autor) y que esta actitud hacia el poema virgiliano se traduce en cómo concibió y compuso ese décimo tercer libro. Así, si la *Eneida* está construida en torno al elogio de Eneas, el *Supplementum* de Regio se estructura rítmicamente, dice Kallendorf (p. 176), también como una alabanza del héroe troyano, pero que va alternando con el vituperio de su antagonista Turno. Para Kallendorf (p. 184), «gran parte del efecto dramático del poema se realiza a través de los discursos», algo que puede deducirse del número y extensión estos y de una copia que de la *Eneida* poseyó Vegio, en la que sólo se transcriben completos los discursos que pronuncian los personajes, mientras que las partes narrativas se resumen mediante paráfrasis en prosa. Dedicó así Kallendorf el resto de este capítulo al análisis de varios de estos discursos cuidadosamente redactados por Vegio, y demuestra la atención que puso el humanista italiano en ajustarse al máximo a los moldes asentados por Virgilio (en cuestiones como la extensión de estos parlamentos, el estilo que corresponde a cada personaje, la estructura, etc.). En general, concluye Kallendorf, todo este esfuerzo de Vegio está puesto al servicio de una causa: acentuar en su *Supplementum* la lectura en clave elogio/vituperio que había realizado de la *Eneida* y que el humanismo realizaba de la poesía en general.

Un sexto hito, centrado en Cristoforo Landino, culmina el recorrido de Kallendorf por los lectores renacentistas de la *Eneida*: «‘Eres mi maestro’. Dante y la crítica de Virgilio de Cristóforo Landino» (pp. 213-268). Alcanzamos ya aquí el final del siglo xv, con la figura de este humanista asentado en el centro de los círculos intelectuales y culturales de la Florencia medicea. Kallendorf explica cómo en los dos últimos libros de las *Disputationes Camaldulenses*, dedicados a proporcionar una interpretación alegórica de la primera mitad de la *Eneida*, Landino logra aunar la visión alegorizante junto con la lectura en clave epidíctico-moral que hemos visto en los autores anteriores y compatibilizar todo ello con su particular visión de una filosofía platónica que, en la Florencia de Ficino y de la Academia, era insoslayable. Esta unificación de los paradigmas interpretativos le lleva a Landino a establecer un paralelismo entre la *Eneida* y la *Divina Comedia* dantesca, en tanto que lo que esencialmente se desprende de ambos poemas (p. 227) es «la misma verdad básica: (...) elogian la virtud y condenan el vicio». Landino logró así, sostiene Kallendorf, que, a pesar de su relativa falta de originalidad al interpretar ambos poemas, Dante fuera definitivamente aceptado como autoridad por los humanistas del Quattrocento.

Kallendorf redondea este prolongado recorrido por las lecturas renacentistas de Virgilio con una «Conclusión» (pp. 269-276). En ella, como no puede ser de otra manera, sintetiza los elementos principales que caracterizan la lectura de la *Eneida* de los cinco autores en los que se ha centrado, subrayando una vez más la importancia de la perspectiva epidíctico-moralizante que determina dicha lectura. Sí que admite Kallendorf (pp. 274-275), a modo de epílogo, que este esquema interpretativo prácticamente quedó agotado junto con Landino y el final del Quattrocento: las bases sentadas por los humanistas permitieron una creciente complejidad en los métodos de aproximación a los textos antiguos, lo que acabó revelando las limitaciones de estas lecturas virgilianas, abandonadas en favor de visiones como las de, por ejemplo, Escalígero. Termina Kallendorf (p. 276) reconociendo la distancia entre este tipo de acercamiento a Virgilio y la sensibilidad contemporánea, pero subraya, con razón, la necesidad «de tratar de entender por qué escribieron lo que escribieron, pues sólo de ese modo podemos tener la esperanza de entender nuestra propia herencia cultural.»

Estamos, pues, ante una monografía en la que el lector acaba leyendo, de la mano del acompañante informado, perspicaz y cortés que es Kallendorf, las lecturas que de Virgilio llevaron a cabo los humanistas citados. La labor de Kallendorf como guía es inmejorable: se citan las fuentes necesarias (en latín e italiano convenientemente traducidos al español), se remite a las discusiones sobre todos los particulares con admirable erudición y dominio de la bibliografía (que llega sólo hasta 1989, año de publicación del original), se reproducen imágenes de los abundantes manuscritos citados y se anticipan y responden en muchas ocasiones las preguntas que al lector le van surgiendo. Si a todo ello añadimos que la tesis central defendida por Kallendorf resulta más que convincente y que fue novedosa por resaltar la importancia de la retórica en la aproximación humanista a los textos antiguos, cualesquiera que fueran estos, tenemos un excelente ejemplo de lo que se le puede pedir a un filólogo.

Universidad de La Rioja

Jorge FERNÁNDEZ LÓPEZ
jorge.fernandez@dfhc.unirioja.es

PEDRO MARTÍN BAÑOS, *El arte epistolar en el Renacimiento europeo, 1400-1600*. Universidad de Deusto, Bilbao 2005, 736 pp. ISBN: 84-7485-965-4.

Pedro Martín Baños (PMB) nos ofrece en este trabajo un estudio exhaustivo de la evolución de la preceptiva epistolar desde sus comienzos en Grecia hasta el siglo XVII, ya que, a pesar de lo que pudiera indicar su título, los capítulos iniciales suponen una revisión rigurosa de la teoría en la época clásica y en el Medievo.

La monografía, que, como señala en el prólogo el autor, recoge su tesis doctoral, está estructurada en dos partes, la primera, dedicada a los precedentes clásicos y medievales y la segunda, mucho más amplia, al arte epistolar en el humanismo europeo. A su vez cada etapa está organizada en dos apartados, en uno de ellos se aborda en varios capítulos la evolución histórica y, en el otro, los aspectos teóricos de la preceptiva.

La primera parte comienza con el estudio exhaustivo de los textos conservados del género en Grecia (clásica y bizantina) y en Roma, así como los testimonios de la presencia de la epistolografía en el *curriculum* escolar. Dedicada una atención preferente a los textos griegos, especialmente al *De elocutione* de Demetrio, que considera, como veremos luego, uno de los textos fundamentales en la recuperación de la epistolografía del Humanismo.

En cuanto a la presencia del género en la escuela, se apoya en la recomendación de Teón y Nicolao de Mira para que se utilice la carta en los *progymnasmata* de la prosopopeya y la etopeya, respectivamente y en la existencia de formularios y colecciones de cartas-modelo que se nos han conservado, los conocidos *Typoi epistolikoi*, atribuido a Demetrio y *Epistolimaioi characteres*, atribuido a Libanio. Llama la atención que no mencione, también, las cartas privadas encontradas en Vindolanda, que han sido estudiadas por A. Bowman¹ y editadas por éste y J. David Thomas². Esta colección muestra

¹ ALAN K. BOWMAN, *Life and letters on the Roman frontier*. London, British Museum, 1994.

² ALAN K. BOWMAN and J. DAVID THOMAS, *The Vindolanda Writing-tablets (Tabulae Vindolandenses II)*, with contribution by J. N. Adams. London, British Museum, 1994.

claramente el uso habitual de la carta en el ámbito privado y económico y corrobora, sin duda, que los alumnos de esta época recibían en la escuela alguna formación sobre cómo escribirlas.

Analiza a continuación el autor la teoría epistolar atendiendo a tres aspectos, la definición de la carta y los 'tópicos' relacionados con ella, la materia y las partes, en la que se ocupa de la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*. El estudio de PMB es minucioso y exhaustivo y está realizado sobre las fuentes directas, que maneja con precisión y buen criterio. En primer lugar, se detiene en analizar la definición de carta del Ps-Libanio como conversación por escrito, lo que conlleva la necesidad de utilizar un estilo sencillo; luego, propone una nueva interpretación para el testimonio de Artemón, editor del epistolario de Aristóteles, que considera que las cartas deben escribirse como un diálogo. PMB entiende que Artemón no se refiere a la conversación, sino al diálogo como género literario, por lo que está comparando dos géneros literarios, no carta y *sermo*. Sorprende en este apartado de la definición que se centre casi exclusivamente en la preceptiva griega y relegue los testimonios latinos a una nota (p. 43, n. 5), cuando, en mi opinión, serán éstos los que serán fundamentales en la evolución del género, sobre todo en el Humanismo.

En lo que respecta a lo que Cugusi denomina 'tópicos epistolares'³, en este primer apartado sólo le interesan al autor el de la ausencia/presencia y el de la amistad, ya que en la *elocutio* se ocupará de los que el autor italiano incluye en el apartado de «tópicos de lengua». Relaciona el carácter de comunicación entre ausentes de la carta con la necesidad de que ésta muestre el *ethos* del que escribe. Concluye este apartado con el epígrafe dedicado a la finalidad de la carta, en la que muestra la naturaleza ambivalente del género, que va desde ser vehículo de información a convertirse en un género literario ampliamente cultivado en la antigüedad.

En el segundo apartado se ocupa de la materia del género. Sí se analizan aquí de manera rigurosa y precisa las fuentes latinas junto con las griegas, dedicándole una atención especial a la carta de Cicerón a Curión (*fam.* 2.4) y los formularios epistolares griegos. El autor reconoce la dificultad de sistematización de la materia, ya que en la carta es posible tratar muchos asuntos y señala las dos posturas que se pueden encontrar en la Antigüedad; la primera sólo admite para la epístola temas sencillos escritos con un estilo sencillo (Demetrio); la segunda, reconoce la posibilidad de tratar temas más elevados con un estilo más elaborado (Julio Víctor; el *De epistolis*).

En cuanto a los tipos epistolares y su relación con los géneros retóricos (una vinculación que será fundamental en el desarrollo del género), PMB señala que desde el principio hay una relación entre ellos y la vincula a la teoría no aristotélica de que los géneros son infinitos y que se basan en los tres elementos del discurso (orador, oyente y tema). Para PMB ésta es la base sobre la que se apoyan los formularios epistolares griegos.

El tercer apartado de la teoría epistolar se ocupa de la partes y, dentro de ellas, de la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*. De la primera, la *inventio*, poco se recoge en los tratados antiguos y es necesario deducirla de la práctica epistolar. Así, señala que podemos reconocer tres partes constitutivas de la carta, *salutatio*, cuerpo, *scriptio*, de las que la teoría sólo ofrece escasas recomendaciones sobre la primera y la última, especialmente de la primera, que será también de la que se ocupen preferentemente los tratados epistolares posteriores.

³ P. CUGUSI, *Evoluzione e forme dell'epistolografia latina nella tarda Repubblica e nei primi due secoli dell'Impero, con cenni sull'epistolografia preciceroniana*, Roma, 1983.

Mucho más amplio es el epígrafe dedicado a la *elocutio*, ya que de la *dispositio* apenas hay referencias en los tratados clásicos. En este apartado, PMB va a incluir muchos de los «tópicos de lengua» de Cugusi, pero relacionándolos con las virtudes del estilo y los *genera dicendi*. De esta manera, el autor analiza las cuatro virtudes establecidas por Teofrasto (pureza, claridad, adecuación y ornato) a las que añade la brevedad y el *ethos*, atendiendo especialmente a la preceptiva que se encuentra en Ps-Libanio, en el *De elocutione* de Demetrio, en Julio Víctor, en el *De epistolis* y en Gregorio Nacianceno. En relación con la brevedad, es interesante, por la repercusión que va a tener en el Humanismo, el aspecto de la extensión de las cartas y las dos corrientes que, ya desde la Antigüedad, aparecen claramente diferenciadas: la de que ha de adaptarse al tema que se trate (Ps-Libanio y Gregorio Nacianceno) y la de que han de ser siempre breves (*De elocutione*).

En los *genera dicendi*, PMB analiza sólo la preceptiva griega, a pesar de que la importancia que tienen en la formulación y difusión de los niveles del estilo la *Rhetorica ad Herennium* y el *Orator* de Cicerón, que quedan reducidos a una mera referencia en nota a pie (p. 78, n. 81 y p. 80, n. 86). Se centra en el estudio del *De elocutione* y analiza los rasgos del estilo sencillo, el que se recomienda para la carta, aunque se admite que si el destinatario o el tema lo requiere puede ser más elevado. Se echa en falta el análisis de textos de Cicerón (*fam.* 9.21.1) o de Séneca (*epist.* 75.1-4) que, aun no siendo preceptivas, muestran de forma clara la recomendación para la carta de la lengua coloquial y de un estilo no excesivamente elaborado y que, nuevamente, son relegados a las notas.

Concluye el capítulo de la *elocutio* con un epígrafe dedicado a la *compositio* epistolar, en el que el autor revisa las ideas de Demetrio, Quintiliano y Aquila Romanus sobre el *ordo*, la *iunctura* y el *numerus* así como sobre los diferentes tipos de *oratio* (*soluta*, *perpetua*), que le sirven a PMB para poner de relieve que el estilo de la carta debe ser suelto y sencillo, pero que más elaborado que la simple conversación, ya que es un texto escrito.

Se analiza a continuación la evolución de la carta en la Edad Media en dos apartados, como el anterior, uno destinado a exponer la evolución del género y el otro la preceptiva epistolar. En el primero, PMB estudia la importancia de los ‘Pre-Renacimientos’ en el proceso de formación del *ars dictaminis*, recorre con mucho detalle su evolución, especialmente en sus dos grandes escuelas, italiana y francesa, y, lo que es menos frecuente, pone de manifiesto su pervivencia hasta el siglo xv, ya en pleno Renacimiento, mostrando así cómo el *ars* no fue suprimido de raíz con la aparición de las primeras preceptivas epistolares del nuevo movimiento. Dedicada, también, un epígrafe a la relación entre gramática y retórica en esta época y pone de relieve cómo ésta se subordina a la gramática y cómo se convierte en una disciplina destinada a formar escritores, no oradores. Así mismo, señala la pérdida de unidad de la retórica, que acaba convertida en una teoría aplicada resolver las necesidades específicas de la época (casi podría decirse, con términos modernos, en una ‘retórica para fines específicos’) a través de las tres *artes* medievales: *poetriae*, *dictaminis* y *praedicandi*.

En el segundo apartado se aborda la teoría epistolar medieval partiendo de los presupuestos ya establecidos para la Antigüedad clásica. Hay que destacar, en primer lugar, las numerosísimas preceptivas medievales consultadas, muchas de ellas en manuscritos, puesto que permanecen todavía inéditas, lo que le permite a PMB trazar con rigor y profundidad las líneas maestras de la preceptiva del *ars dictaminis*. Su intención es poner de manifiesto las profundas transformaciones que los *dictatores* van a realizar sobre la teoría y práctica epistolar heredadas. Así, en el apartado de la definición, se ocupa primero

de la del *dictamen* para pasar, luego, al problema de la errónea etimología de epístola que se va a extender a todas las *artes*. En cuanto a la propia concepción de la carta, PMB pone de manifiesto cómo en el *ars* su carácter de texto escrito predomina sobre cualquier relación con la conversación, a la que se alude pero que no tiene ninguna influencia desde el punto de vista estilístico. PMB muestra, también, las diferencias que tiene la carta medieval con la de la Antigüedad en lo que se refiere a la expresión de sentimientos amistosos y a su finalidad estrictamente comunicativa. En cuanto a los asuntos epistolares, no hay reflexión alguna en las *artes* sobre este punto y en lo que se refiere a la tipología, la diferencia fundamental radica en que los distintos tipos se establecen a partir de la *petitio*. Más atención dedica PMB a las partes de la preceptiva, lógicamente, ya que es en este aspecto en el que las innovaciones medievales son más importantes y significativas. El autor se detiene especialmente en el tratamiento del que es, quizás, el rasgo más propio del género en el Medioevo: las partes de la carta, relacionadas de manera explícita con las partes del discurso. PMB se ocupa con detalle de la estructura de la *salutatio* y de sus funciones, ya que son el reflejo preciso de la relación social existente entre el remitente y el destinatario; de ahí, los innumerables *adiuncta* recogidos en las preceptivas, el cambio de orden de remitente y destinatario, y las variaciones que sufre el saludo propiamente dicho.

En la *elocutio*, PMB va a tener como hilo conductor el libro IV de la *Rhetorica ad Herennium* que, junto con el *De inventione*, serán los manuales de la Edad Media. En este apartado, el autor nos muestra las diferencias que existen con la Antigüedad, ya que el latín ha dejado de ser lengua materna y, por ello, el *dictamen* quiere ofrecer procedimientos para poder escribir en un 'verdadero latín', para conseguir una *prosa artificialis*. PMB analiza las fuentes antiguas latinas y cómo influyen en la *elocutio* de forma rigurosa, selecciona los textos adecuadamente y se detiene en aquellos aspectos que caracterizan especialmente este periodo. De ellos queremos mencionar especialmente el dedicado al *cursus*, a los *colores rhetorici* y los *genera dicendi*. En el tratamiento de éstos últimos, PMB muestra con claridad y precisión la vinculación entre estilo y clase social del destinatario; y el alejamiento del estilo sencillo recomendado para la carta en la época clásica, ya que el estilo de los *dictatores* deberá ser cuidado y elaborado, resultado de la aplicación de la preceptiva.

Por último, el autor trata uno de los aspectos más interesantes de este apartado, el de la *variatio* como antecedente de la *copia* erasmiana. No niega en absoluto PMB la originalidad del concepto de *copia* de Erasmo, pero sí llama la atención sobre el hecho de que el concepto medieval de *variatio*, entendida como 'el resultado de aplicar a una expresión común las reglas del arte y conseguir un enunciado cargado de *elegantia, pulchritudo o venustas*' (p. 189), puede ser considerado como un precedente. Para apoyar esta afirmación, nos ofrece dos textos, uno del *Microcosmos* de Tommasino d'Armannino y otro de la *Summa dictaminis* de Faba, en los que se puede ver un repertorio de materiales que podían ser utilizados en la composición. En este sentido, PMB considera que se puede hablar, con todas las reservas, si se quiere, de *copia verborum*. En mi opinión, no es nada extraño encontrar antecedentes medievales para las ideas humanísticas como éste; sin duda alguna, conforme vayamos teniendo más trabajos sobre el periodo a caballo entre el Medioevo y el Humanismo, podremos descubrir cada vez más precedentes, algo totalmente lógico si tenemos en cuenta que los primeros humanistas se formaron con la preceptiva del *dictamen*.

La segunda parte del libro, mucho más extensa, está dedicada al estudio de la preceptiva epistolar en el Renacimiento y está estructurada en cinco capítulos que tratan de

los diversos aspectos de la evolución del género y un último capítulo en el que se aborda la teoría epistolar. Los cinco primeros tienen como eje vertebrador la aparición del *De conscribendis epistolis* de Erasmo, como hito que marca un antes y un después en la evolución.

En el primer capítulo se abordan cuestiones generales de la preceptiva y de la nueva posición de la retórica. Los humanistas van a intentar revitalizar la disciplina y cambiar el centro de atención de la misma del texto escrito a la *oratio*, lo que no llega a conseguirse ya que las condiciones políticas y sociales no les permiten entrar en el ámbito judicial ni en el político y, por ello, se volverán al género epistolar, que ya era el predominante en la etapa anterior. Así mismo, intentan recuperar la unidad de la retórica, rota en el Medievo y se vuelve a los *officia oratoris* clásicos, en un proceso gradual y adaptado a las circunstancias de la época. Por otro lado, PMB señala que la relación con la gramática sigue teniendo una gran importancia y que ambas formarán parte del curriculum humanístico.

En los tres capítulos siguientes PMB aborda la evolución del género en latín y dedicará el quinto a la preceptiva en lengua vernácula. En el primero de ellos, se ocupa los primeros momentos del Humanismo y señala la pervivencia de la *artes dictaminis* hasta el siglo XV, que poco a poco se van abandonando. Así, el *cursus* es sustituido por las cláusulas clásicas a mitad del siglo XIV y durante este siglo es posible ver dos corrientes retóricas, una, medievalizante y otra que pretende recuperar la tradición clásica. Para PMB, esta primera etapa está caracterizada por el descubrimiento y divulgación de los textos retóricos clásicos recién descubiertos y por un proceso que va a llevar desde la gramática a la retórica elocutiva. Para la recuperación de la preceptiva, PMB considera fundamental el papel desempeñado por Guarino, por Barzizza y, especialmente por Valla, que con sus *Elegantiae* va a marcar toda la recuperación del latín a partir de la *auctoritas* y la *consuetudo* de los autores clásicos. Sin embargo, para PMB hay una diferencia básica entre Valla y los otros autores que escriben *elegantiae*, ya que éstos últimos identifican *elegantia* y *eloquentia*, con lo que la retórica queda reducida en la práctica a la *elocutio* y a aspectos muchas veces gramaticales.

A continuación, se estudian las artes epistolares de la esta primera época, que PMB estructura en tres apartados: a) la pervivencia de las *artes dictaminis* que se extiende durante un largo tiempo, ya que las primeras preceptivas humanísticas son del 1460. Ya en 1480 el número de los nuevos tratados se incrementan pero ambas corrientes conviven hasta principios del XVI. b) Manuales mixtos que presentan ya innovaciones pero que todavía conservan gran parte de la preceptiva anterior. Entre ellos, señala el de Barzizza y los de sus continuadores, Fieschi (Fliscus) y Alberto de Eyb. También incluye aquí el *De componendis epistolis* de Perotti por el hecho de estar incluido en una gramática y de tener un tratado de *elegantiae* a continuación de la preceptiva epistolar. En mi opinión, no es posible considerar que en el tratado de Perotti haya rasgos del *ars dictaminis*, ya que la presencia de las *elegantiae* se entiende perfectamente si consideramos la época en que está escrito. La necesidad de restaurar el latín clásico exigía de los autores obras en las que se suprimiera de la lengua toda impureza y todo mal uso y, por ello son tan numerosos los tratados epistolares que están unidos a gramáticas. Por tanto, no parece lógico considerar como medievalizante el procedimiento con el que los humanistas van a recuperar la pureza del latín. Y c) otros tratados de planteamiento diverso.

El último epígrafe está dedicado a la recuperación de las doctrinas clásicas, con tres apartados, uno dedicado a Petrarca y a los primeros humanistas, el segundo a la recepción de la teoría epistolar griega y el último a analizar la carta 1.1 de Poliziano. Es evi-

dente que PMB ha colocado el estudio de Petrarca aquí por cuestiones metodológicas y para poder enlazarlo con la recepción de la preceptiva griega; pero, en mi opinión, desde el punto de vista de la estructura del capítulo, hubiera quedado mucho más clara su articulación si este epígrafe se hubiera colocado antes de hablar de Barzizza, puesto que el descubrimiento del epistolario ciceroniano y las aportaciones petrarquistas hubieran arrojado luz a la actuación de Barzizza, como de hecho hace después PMB en el capítulo de la teoría epistolar.

Para el autor, la recuperación de la teoría epistolar griega es fundamental en la evolución del género y en el abandono del *ars dictaminis*. Así, asigna a la difusión del *De elocutione* y de los formularios de Ps-Demetrio y Ps-Libanio el papel de aglutinante del *corpus* de preceptos clásicos y de motor decisivo para la creación de un arte epistolar nuevo. Sin negar la extraordinaria importancia de estos tratados, creo que PMB tiende a infravalorar el papel jugado por la tradición latina, que es la primera que se recupera, la que aparece de forma clara como inspiradora de los primeros tratados epistolares humanísticos y no desaparece con la recuperación de la preceptiva griega. En lo que se refiere a la carta 1.1 de Poliziano, PMB la considera una acertada síntesis de teoría epistolar en la que utiliza el *De elocutione* y en la que defiende la heterogeneidad del género y el decoro retórico respecto al tema, al destinatario y al remitente.

El siguiente capítulo está dedicado al análisis de la retórica y de la preceptiva epistolar de Erasmo. Para PMB las dos obras que cambian radicalmente la retórica cuatrocentista son el *De duplici copia* y el *Ciceronianus* de Erasmo. En cuanto al primero, los antecedentes más antiguos se encuentran en Quintiliano, como el propio Erasmo reconoce, pero también, no se pueden olvidar, como señala PMB, los antecedentes medievales: la *amplificatio* y la *abbreviatio* de las *artes poetriae* y el concepto de *variatio*, que ya había tratado en el final de la primera parte de la monografía. Ello no implica en absoluto no reconocer la originalidad del concepto que supone superar la, en opinión de PMB, 'gramaticalización' de la retórica del primer humanismo que sigue conservando aspectos medievales en su concepción de la *elocutio*. La *copia verborum* se convierte muy pronto en *copia rerum* con lo que se aleja definitivamente de los manuales anteriores. Para PMB, la aportación más importante de Erasmo es la de no confundir el fin con los medios para conseguirlo, la elocuencia con el estilo, y la de establecer un concepto más clásico de *variatio*, diferente del que se había utilizado hasta ese momento, con el que pretende evitar las repeticiones que provocan el tedio.

Se ocupa a continuación PMB del *Ciceronianus* y del problema de la imitación tanto lingüística como literaria. Para él, hasta la publicación de la obra, no se podía decir que hubiera un enfrentamiento radical entre las dos corrientes, la de los ciceronianos y la de los anticiceronianos y la obra erasmiana acentúa el conflicto entre ambos bandos. Para PMB, lo que importa en este caso es que el *Ciceronianus* es reflejo de cómo comienzan a preocupar problemas como el decoro, los límites de la creatividad, la relación entre contenido y forma.

En la segunda parte del capítulo se ocupa del estudio del *Opus de conscribendis epistolis*, que se convertirá en la preceptiva epistolar del Renacimiento. Después de exponer brevemente la gestación de la obra, PMB analiza su contenido retórico y su importancia en el marco retórico de la época. En primer lugar rechaza que sea una obra escrita contra las *artes dictaminis* que ya en esta época están en franca decadencia. Para PMB, la importancia del *Opus* radica en haber sido capaz de superar las dos corrientes que existían hasta ese momento en la preceptiva epistolar humanística: una, vinculada a una concepción retórica de la carta, ligada al discurso y otra, la que reivindica una carta fa-

miliar, amistosa y breve, escrita en un estilo sencillo. Así, vamos a encontrar en el *Opus* la reivindicación de un *ars epistolaris* específico que recoja la heterogeneidad del género y, sobre todo, el decoro, entendido como flexibilidad, capacidad de adaptación. En cuanto a la relación carta/*oratio*, la posición de Erasmo es intermedia ya que considera que es un género diferente del discurso, pero, también, que no se escribe con reglas diferentes de las del éste. Sin embargo, es evidente que el *Opus* no es una retórica con una preceptiva epistolar insertada, como vemos en el tratado de Giovanni Sulpizio da Veroli, sino que sólo se ocupa de lo específicamente epistolar.

Por último, PMB rechaza la interpretación de Judith Rice Henderson que considera el *Opus* un reflejo del anticiceronianismo de Erasmo y considera que se debe interpretar el tratado en el sentido, mucho más amplio, de un rechazo a un clasicismo mal entendido y a la aplicación mecánica de cualquier tipo de precepto, que constituye uno de los rasgos más importantes del pensamiento de Erasmo no sólo en la preceptiva sino en todos los ámbitos de la vida.

El siguiente capítulo se ocupa de la retórica, la gramática y la preceptiva epistolar después de Erasmo. Los primeros epígrafes están dedicados a la recepción del *corpus* clásico de teoría epistolar, la pervivencia de la retórica elocutiva para centrarse, a continuación en la concepción retórica de la carta hasta Ramus. Así, se ocupa de la gran difusión que alcanza el tratado epistolar de Erasmo, que se convierte en manual en los grandes centros de estudios a pesar de ser un autor *damnatus* por la Inquisición. Ofrece también un amplio apartado sobre cómo los humanistas protestantes desarrollan un tipo de comentario metódico basado en la dialéctica y la retórica con el que pretenden entender todas las manifestaciones lingüísticas y por ello, consideran la carta como un texto producido de acuerdo con la preceptiva más que un género literario independiente. Para ello, analiza las obras de Agrícola, Melanchthon, Omphalius, Sturm y Ramus, así como la presencia de la epístola retórica en la Europa de la Contrarreforma.

A continuación, PMB nos ofrece, también, un estudio detallado de la otra corriente de preceptiva epistolar renacentista, la de defiende la carta familiar, escrita en estilo sencillo y cuyo desarrollo se ve afectado por el éxito del *Opus* de Erasmo. Para PMB la obra de Vives es la más significativa de este periodo y, frente a la opinión general, tiene más influencia de lo que habitualmente se reconoce. Esta concepción de la carta se mantendrá en los tratados que siguen el *De elocutione* de Demetrio. Concluye con un estudio de la *Epistolica Institutio* de Lipsio, al que considera no el redescubridor de este tipo de epístola, sino un eslabón más de esta corriente de preceptiva que acabará imponiéndose a la preceptiva epistolar retorizante a finales del siglo XVI. Por último, PMB rechaza la opinión de Croll sobre el enfrentamiento entre ciceronianismo y anticiceronianismo por ser excesivamente rígida y alejada de la realidad, ya que, como están demostrando numerosos estudios sobre este enfrentamiento, la situación es mucho más rica y compleja y no es posible atribuir a la carta y al movimiento anticiceroniano la creación de la prosa moderna.

El último capítulo que analiza la evolución del género se ocupa de la preceptiva en lengua vernácula con especial atención a los rasgos específicos de esta tradición, en la que sobresalen los manuales de secretario. PMB muestra que el panorama que se encuentra en estas preceptivas es paralelo al que hemos visto en los tratados latinos. Por un lado, pervivencia de las *artes dictaminis*, unida a algunas de las nuevas ideas humanísticas, sobre todo en lo que se refiere a la *salutatio*. Se puede apreciar en los formularios escritos en Alemania e Italia para ayudar a los cargos de la administración municipal o a personas sin conocimiento del latín; o en tratado de Fabri en francés, que intenta re-

gular la composición en prosa y en verso y en el que se puede apreciar la influencia de Perotti y Nigro.

Para PMB, hay que esperar a mediados del XVI para encontrar una tradición epistolar en lengua vernácula con rasgos propios. Su estudio de estas preceptivas analiza la influencia de la tradición latina y de los rasgos específicos de presentan estas preceptivas. En el primer caso, PMB nos muestra obras en las que hay una gran influencia de la epístola retórica, ya que hay una influencia innegable de Erasmo en muchos de los manuales de secretario publicados en toda Europa, mientras que en otros es posible apreciar la influencia de la doctrina de la carta familiar. En lo que se refiere a los rasgos propios de la tradición vernácula, uno de los más importantes es su carácter práctico y formulario, sin apenas teoría y destinado a la formación y al uso de comerciantes y de mercaderes que no tienen conocimientos de latín. Por ello, en ocasiones, abarcan no sólo formularios epistolares sino también repertorios de documentos, que en la tradición latina, estaban reservados al *ars notaria*.

Finaliza con un epígrafe sobre los manuales de secretario que constituyen un *corpus* homogéneo a partir de la segunda mitad del XVI. En ellos se establece el perfil del perfecto secretario, que está modelado sobre el orador ciceroniano y que debe poseer una exquisita educación humanística. De esta manera, los humanistas reclaman su derecho a ocupar, en competencia con los licenciados en leyes, los altos cargos del gobierno y de las instituciones del XVI.

En el último capítulo de la segunda parte, PMB analiza la teoría epistolar renacentista, con la misma estructura utilizada en la primera. Como ya hiciera en el estudio del *dictamen*, el autor parte de las fuentes directas y, como allí, el número de preceptivas consultadas es abrumador, algunas en ediciones modernas, unas pocas en manuscritos y la mayoría en ediciones renacentistas.

En el epígrafe de la definición, PMB muestra cómo evoluciona desde una concepción medieval hasta las plenamente humanísticas del siglo XVI de Vives y otros autores influidos por el Ps-Libanio que recuperan la relación de la carta con una conversación entre ausentes. En este punto, creo que falta mencionar la influencia de Perotti, que si bien no la define como conversación sí se refiere al hecho de que es un sustituto de la misma entre ausentes⁴, ya que, sin negar la gran influencia de los tratados griegos, éstos no habrían podido extenderse como lo hicieron si los humanistas no hubieran hecho suya la preceptiva contenida en los *corpora* epistolares latinos.

En lo que se refiere a la etimología de *epistola*, PMB señala el papel decisivo que tiene Perotti en la generalización de la etimología correcta del término, a la que se acompaña generalmente observaciones sobre su traducción latina y sobre el léxico relacionado con el género, para lo que remite a Vives y a Lipsio.

En el epígrafe siguiente, PMB pone de relieve cómo se recupera la vinculación de la carta con la conversación y cómo Erasmo se opone a que ésta sea la única manera de concebir la carta. También señala PMB que los humanistas no desarrollan la posible vinculación entre carta y diálogo que estaba presente el *De Elocutione*.

En cuanto al 'tópico' de la ausencia/presencia, el autor recoge la falta de tratamiento en las preceptivas, aunque sí es posible encontrarlo en la práctica epistolar de los epis-

⁴ *Quare inuentae sunt epistolae? Vt eos cum quibus siue propter absentiam siue propter ruborem seu ob aliam quamvis causam loqui non licet, certiores facere possimus...* (*De componendis epistolis* 1.1, edición de M.^a Elena Curbelo Tavio, *Una sociedad nueva, una nueva preceptiva: El 'De componendis epistolis' de Perotti*, Amsterdam, Hakkert, 2005 (en prensa).

tolarios renacentistas. Y en lo que se refiere al de la amistad, PMB reconoce que a pesar de que en un plano ideal está presente, no es posible olvidar la necesidad de someterse a los códigos sociales cortesanos.

Sobre la finalidad de la carta, los humanistas van a remitir de forma unánime a la opinión de Cicerón (*fam.* 2.4) de que la epístola es esencialmente informativa.

En el apartado sobre la materia, después de hacer una breve síntesis de la situación en la Antigüedad y en el Medievo, señala que es un tema ampliamente tratado en las preceptivas renacentistas en las que se admite una gran variedad de temas. Este aspecto está ligado a la tipología de la carta y, por ello, encontramos humanistas que pretenden establecer un cierto orden en la inmensa variedad de clases de cartas a partir de los propios temas o a partir de la vinculación con los *genera causarum*. El estudio de PMB permite conocer esta cuestión permiten conocer los diferentes criterios de clasificación en los autores más importantes, Perotti, Manuzio, Vives, Battista Guarini (este último para las artes vernáculas) y, sobre todo, Erasmo y Melanchthon. PMB se detiene especialmente en el análisis de la posición de Erasmo y su clasificación en *genera* y *species*.

En el análisis de las partes, PMB establece los rasgos esenciales de la nueva preceptiva y su evolución desde las teorías medievales. Es evidente que el aspecto más llamativo es la desaparición de las partes de la carta establecidas por el *dictamen* en un largo proceso que acabará en dos corrientes: la que vincula la epístola al discurso y, por tanto, intenta adecuarlas a las partes del discurso (como Sulpizio y Brandolini), a las que añaden la *salutatio* y la *scriptio*; y una segunda, la que defiende la carta familiar en la que no cabe la existencia de partes (Vives, Camerario, Bravo, Lipsio). A estas dos hay que añadir una tercera, presente en manuales del norte de Europa en los que se habla de partes accidentales y sustanciales (como, por otro lado, ya habían hecho algunos *dictatores* como Faba).

En la recuperación de las fórmulas de *salutatio* es evidente que la preceptiva está condicionada por los usos sociales. PMB reconoce que no hay aún estudios sistemáticos de los epistolarios renacentistas, pero considera que se vuelve a la simplicidad clásica. No obstante, señala la posición más flexible de Erasmo y de Vives a introducir innovaciones en el saludo, algo que es posible ver en la práctica epistolar, por ejemplo, de Perotti, que PMB recoge, pero también del propio Erasmo⁵. Ambos utilizan fórmulas de saludo en las que se invierte el orden de destinatario y remitente y se añaden cargos y dignidades a la manera del *dictamen*. Esto no es sino el reflejo de los usos sociales a los que es imposible sustraerse y que, como señala PMB, son los que se siguen utilizando en la tradición vernácula.

En el estudio de la *elocutio*, PMB se ocupa de las virtudes de la pureza, la claridad, la brevedad, la *elegantia*, el reflejo del *ethos* del autor y del decoro. En el caso de las dos primeras, la pureza y la claridad muestra su relación con el problema de la imitación y como influye en ellas el enfrentamiento de la época entre ciceronianos y anticiceronianos. En la brevedad, le parece que la discusión más interesante es la que se encuentra el *Copia* de Erasmo, que piensa que debe ser el autor el que decida sintetizar o ampliar. En cuanto al problema de la extensión de la carta, todos consideran que está subordinado al decoro relativo a las personas y a los temas. Sobre la *elegantia* reflexionan especialmente las preceptivas menos retorizantes y que defienden un estilo sencillo pero lleno de

⁵ Como ejemplo, puede verse la *salutatio* de la carta de Erasmo a John Carondelet, escrita en febrero de 1522: *Reuerendissimo in Christo Patri ad Domino, D. Ioanni Carondileto, Archiepiscopo Panormitano, Aulae Caesareae apud Brabantos Consiliario Summo, Erasmus Roterodamus, S.D.*

'sales'. En lo que se refiere al reflejo del *ethos*, señala que la defienden los anticiceronianos, pero al mismo tiempo es más propia de las preceptivas no retorizantes, por lo que no aparece en Erasmo. Por último, la virtud por excelencia para todas las corrientes es el decoro, puesto que es el que rige la articulación de todos los elementos que constituyen la carta y lo ajusta a las circunstancias.

Por último, PMB trata los *genera dicendi* y muestra las diferencias entre las dos grandes corrientes de la preceptiva epistolar renacentista; para las preceptivas retorizantes la carta es heterogénea y no está encadenada a un solo estilo (Sulpizio, Brandolini, Erasmo). En cambio, para la corriente que defiende la carta familiar, sólo es posible el estilo sencillo, lo que no quiere decir descuidado; no obstante, este tipo de preceptivas tienen que reconocer que, en función del tema y del destinatario, el estilo puede elevarse.

En cuanto a la *compositio* epistolar los hitos más importantes para PMB son la desaparición del *cursus* (en el XVI), que es sustituido por el *numerus*; la sustitución del catálogo de *colores* del libro IV del *Ad Herennium* por otras ordenaciones de figuras; el que se atiende más a la 'teoría de la frase' que a la construcción del periodo; y la sustitución del modelo de Quintiliano (*ordo, iunctura, numerus*) por el del *Orator* (*collocatio verborum: coagmentatio, concinnitas y numerus*). Finalmente, PMB señala que las preceptivas renacentistas establecen que la *oratio soluta* es el estilo epistolar por excelencia, lo que no implica descuido estilístico y que puede incluir el periodo y el *numerus* si se trata un tema elevado.

PMB completa el trabajo con 6 apéndices; una amplísima bibliografía de fuentes directas y estudios; y dos índices, uno de manuscritos y otro de nombres y obras anónimas.

Estamos, por tanto, ante un excelente estudio sobre la evolución de la preceptiva epistolar realizado con extraordinario rigor sobre las fuentes directas, numerosísimas, como ya se ha señalado antes, y cuidadosamente editado, algo que no suele ser habitual en los últimos tiempos. Pedro Martín Baños no sólo revisa las teorías comúnmente aceptadas sobre el género sino que intenta sistematizar su compleja evolución, en la que, muchas veces, están enfrentadas la teoría de las preceptivas y los requisitos exigidos por la propia sociedad para la práctica epistolar renacentista. Sin duda, en un trabajo tan extenso, hay opiniones a las que se pueden hacer matizaciones, como el menor peso que atribuye a la tradición latina frente a la griega en la configuración de la preceptiva renacentista; o el que no mencione, entre las razones del triunfo del *Opus* de Erasmo sobre la corriente que defiende la carta familiar, el hecho de que ésta última no podía dar respuesta a las innumerables situaciones sociales en las que era necesario escribir una carta, lo que sí hace la obra erasmiana. Pero, en este caso, estas matizaciones no suponen un motivo de crítica, sino de elogio, puesto que son consecuencia de un trabajo riguroso y sistemático que aporta al lector nuevas perspectivas y le sugiere nuevas ideas sobre las que debatir. Y esto sólo lo pueden hacer trabajos rigurosos y exhaustivos como este de Pedro Martín Baños.

Universidad de las Palmas de Gran Canaria

Trinidad ARCOS PEREIRA
tarcosp@terra.es